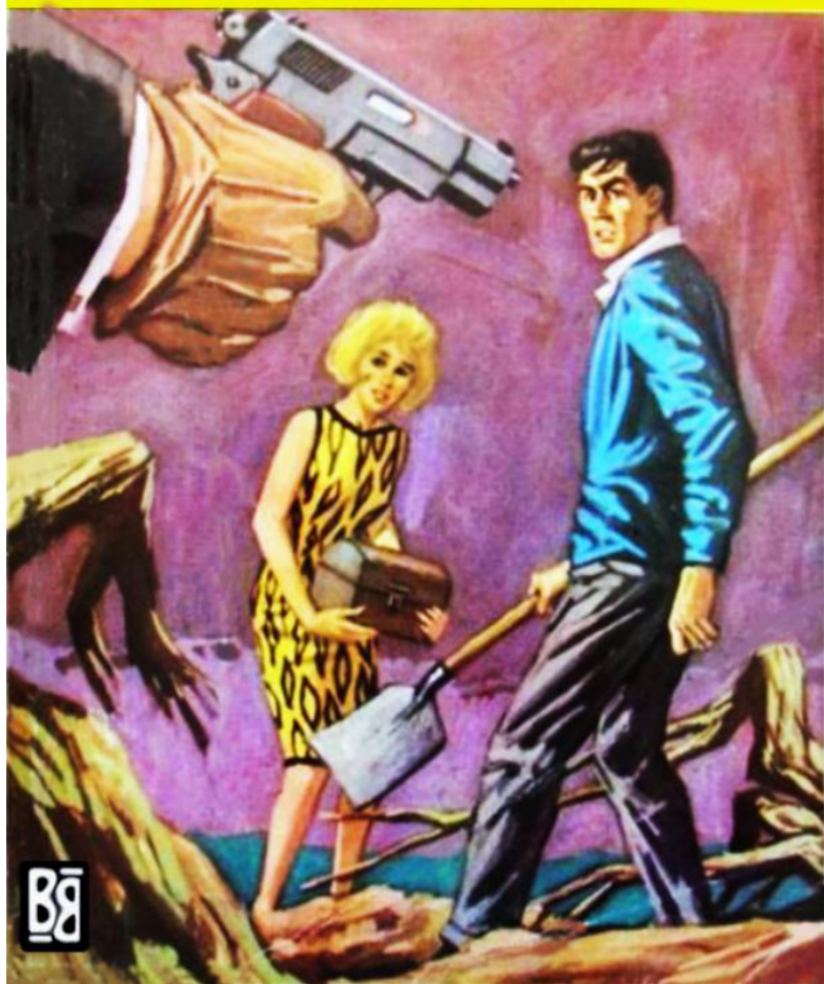


PUNTO
ROJO

el heredero de oro

clark carrados





CLARK CARRADOS

EL HEREDERO DE ORO

Colección PUNTO ROJO n.º 120
Publicación semanal
Aparece los SÁBADOS

EDITORIAL BRUGUELLA, S. A.
BARCELONA
CALLE DE ALIBES
80001



DEPOSITO LEGAL B 22331 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: OCTUBRE 1964

© CLARK CARRADOS - 1964

SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© ANTONIO BERNAL - 1964

SOBRE LA CUBIERTA

**Impreso en Imprenta Jesús Muñoz - Ronda de la Vía, 55
Hospitalet de Llobregat (Barcelona) - 1964**

N. R. 4600/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

El muy canalla tenía una pistola en la mano.

Y lo malo no es que tuviese la pistola, sino que llegase a usarla; y, bien mirado, tampoco era tan malo que la usase, sino el nuevo género de carga que el condenado bergante empleó contra Farley Chayn.

Pero no nos adelantemos y describamos las cosas tal como fueron, por orden; es decir, desde el principio... que empezó cuando Chayn la vio a ella por primera vez.

¡Ella! ¡La mujer de sus sueños... de los sueños de todo hombre joven y no mal parecido!

Farley Chayn llegaba a casa, después de terminar un trabajito que se le había encomendado. El trabajo había sido despachado a satisfacción del cliente, lo cual había permitido un sustancioso incremento en la cuenta corriente de Chayn, de profesión, su afán por curiosear o, como diría un inspector del fisco relamido y pedante, investigador privado.

Chayn detuvo su coche, apenas un segundo después de que delante de él, lo hiciese una preciosa rubia de ojos azules como el cielo y cuerpo escultural, propietaria o, cuando menos, tripulante de un sensacional convertible crema y rojo, que hacía volver la cabeza a todo el que lo veía... sobre todo, cuando lo ocupaba ella.

Chayn quitó la llave del contacto y saltó a la acera al mismo tiempo que la rubia. Como no la quitaba ojo de encima, pues se había sentido instantáneamente atraído por aquel inenarrable conjunto de gracias corporales que no tenía un solo pero, pudo darse cuenta de que en el lindísimo rostro de la rubia se advertía una expresión de ansiedad, casi, casi de angustia y de temor.

El caballeresco corazón de Farley le impulsó en el primer momento a acercarse a la muchacha y ofrecerle sus servicios para matar a los villanos que la perseguían. Luego se dijo que tal vez no

había villanos, sino algún grave contratiempo familiar, en el cual él no tenía ningún derecho a intervenir. Por otra parte, no estaba seguro de ser aceptado sin otra presentación ni carta de garantía que sus ansias de servirla.

La chica permaneció sobre la acera, en actitud irresoluta, durante un par de segundos, mientras Chayn terminaba de cerrar su coche. Luego, el detective avanzó unos pasos y entonces fue cuando el aran canalla usó la pistola contra Farley.

Oyó una voz que llamaba su atención.

—¡Eh, oiga!

Chayn volvió la cabeza. El granuja estaba en el convertible, sólo que no se había hecho visible hasta aquel momento.

Ya tenía el arma en la mano. Apretó el gatillo.

No, no era la carga común de agua que usan todos los chiquillos para sus juegos. Algunos, los hay tan considerados, sobre todo en invierno, que calientan previamente el líquido antes de introducirlo en el depósito de la pistolita.

El sinvergüenza usaba tinta.

¡Tinta china, que es aún peor!

Sonó una estruendosa risotada. Lo que dijo Chayn, cuando se vio una mejilla salpicada, más la pechera de la camisa y toda la parte anterior del traje convertidos en una ruina, no se puede transcribir.

La chica lanzó un agudo grito.

—¡Jimmy! ¿Qué has hecho?

Chayn estaba contando. En un segundo y medio alcanzó la cifra ochenta y siete. Tenía que llegar a mil o estrangularía al pequeño salvaje, que se revolcaba de risa por el asiento delantero del coche.

Con una expresión de consternación en su hermoso rostro, la rubia se acercó a Chayn.

—¡Dios mío! —exclamó—. Estoy terriblemente conturbada. No sé qué decirle, señor... Este muchacho es medio salvaje y...

Chayn aspiraba y espiraba el aire con rítmicos movimientos de diafragma. Estaba tratando de recobrar la calma.

—Le... le pagaré los desperfectos en su ropa —siguió ella—. Un traje nuevo, camisa... Por favor, deme su nombre y dirección para... para enviarle un cheque... Es que el padre de Jimmy no ha tenido mucho tiempo de cuidarse de su hijo...

Por fin, Chayn pudo hablar. El rojo de su cara iba

desapareciendo poco a poco.

—Me llamo Farley Chayn y vivo aquí mismo, en esa puerta, piso octavo, letra C. El traje me costó trescientos dólares y la camisa ochenta. La cara, no; la cara me salió gratis desde que nací. —Miró al chicuelo indignado—. Pero si de mi dependiese, ese miserable canalla...

Ella le interrumpió súbitamente.

—¿Ha dicho usted Farley Chayn? ¡Pero, si precisamente vengo a buscarle a usted!

El detective se quedó de piedra. ¿Estaba soñando? ¡Aquella maravilla de mujer... le buscaba a él! ¡A él!

De repente, un coche se detuvo detrás del de Chayn con seco frenazo. La portezuela se abrió y dos hombres saltaron a tierra.

Chayn no los vio en el primer momento, ya que estaba embozado contemplando a la rubia. Lo que sí captó fue el cambio de expresión de su rostro: ella había parecido alegrarse de encontrarlo y, de súbito, la vio aterrada.

Se preguntó qué podría ocurrirle. Luego se dio cuenta de que no le miraba a él. Entonces, oyó una voz bronca a su lado.

—¿Señorita Parks? Haga el favor de acompañarnos.

Chayn volvió la cabeza. Había dos sujetos cuyo aspecto no le agradó desde un principio. «Si no son pistoleros profesionales, es que yo he perdido mi golpe de vista», se dijo en silencio.

Ella protestó vivamente.

—¡No quiero ir! —contestó con energía—. Ustedes no pueden obligarme a que vaya a dónde...

La mano de uno de los sujetos se cerró de pronto sobre el brazo de la rubia.

—Calma, guapa —dijo—. No armes escándalo, porque será peor. Tubbles, ocúpate del chicuelo, ¿quieres?

—O. K., Ringo —contestó el llamado Tubbles.

El espíritu caballeresco de Farley Chayn salió a relucir.

Apoyó su mano sobre el brazo de Ringo y le miró a la cara.

—Ella dijo que no quería seguirle —murmuró en tono cortés pero firme.

Sonó un grito de rabia. Chayn volvió los ojos una fracción de segundo.

Jimmy había vuelto a usar su pistola. Pero esta vez, la carga de

tinta china había ido a parar a los ojos de Tubbles, el cual vociferaba y renegaba mientras se esforzaba por limpiarse con un pañuelo.

Chayn volvió su atención hacia Ringo, quien no había soltado aún a la chica.

—Aparte esa zarpa —ordenó, ya en tono más perentorio.

Ringo se sulfuró.

—Oiga, ¿quién diablos cree ser?

Sonó otro agudo grito. El chicuelo parecía poseer un inagotable arsenal de armas infantiles. Por lo visto, la pistola estaba ya descargada, pero no así el tirador de goma, con el cual acababa de lanzar una piedrecita al pómulo de Tubbles, cuyas imprecaciones empezaban a atraer al público que transitaba por la acera.

La rubia se soltó de pronto y corrió hacia el coche. Chayn quiso seguirla.

Ringo le puso la zancadilla. Calculó mal, porque el detective, al caer, golpeó con su cabeza el costado de Tubbles, derribándolo por tierra.

Algunos curiosos empezaron a aplaudir. La escena prometía ser divertidísima.

Chayn se puso en pie. Su paciencia había llegado al límite.

Tubbles se incorporaba en aquel instante. Estaba rojo de cólera, pero ésta se extinguió al instante cuando Chayn le asestó un rodillazo en el mentón, derribándole de nuevo sobre la acera.

En aquel momento, una mano agarró a Chayn por el hombro, haciéndolo girar en silencio. Chayn vio que Ringo se disponía a partirle la mandíbula de un puñetazo.

Algo silbó junto a su oreja. Oyó un seco chasquido. Ringo empezó a chillar como un conejo herido, a la vez que se llevaba ambas manos a la boca, alcanzada certeramente por un proyectil salido del tirador del chicuelo:

Jimmy parecía estar divirtiéndose en grande. Ahora se revolcaba por el asiento posterior, a pesar de los gritos de la rubia para que permaneciese quieto.

Chayn se soltó de Ringo. Quiso pegarle, pero en aquel momento, Tubbles se levantó y corrió hacia su compinche.

—¡Vámonos, Ringo! —dijo—. Aquí hay demasiada gente.

Los dos rufianes montaron en su coche y desaparecieron en

contados segundos. Sonaron unos cuantos «¡Ohs!» de decepción. El gentío empezó a disolverse. Todo había pasado tan rápido que la policía no había tenido tiempo de intervenir.

La rubia parecía rehacerse después del incidente. Turbada, le miró y dijo:

—Lamento que nuestro conocimiento se haya efectuado en circunstancias tan poco favorables, señor Chayn.

—No tiene importancia —contestó él. Un traje o diez estropeados, ¿qué importaba si con ello había encontrado a la mujer de sus sueños?—. Ahora mismo iré a comprar más tinta para que Jimmy cargue su pistola.

La chica sonrió y para Chayn fue como si el sol saliese de pronto, tras una tormenta catastrófica. El detective añadió:

—Parece ser que quería hablar conmigo, ¿no es eso, señorita Parks?

—Así es —convino ella.

—Entonces, lo haremos en un sitio más conveniente que en medio de la acera. Perdona un momento.

Se acercó al coche y miró al chicuelo con tal expresión, que lo hizo retroceder hasta el fondo del vehículo.

—Sal —dijo en tono duro—. Pero antes...

Momentos más tarde, cruzaba la acera con Jimmy debajo de un brazo y la pistola, el tirador y sus proyectiles repartidos por los distintos bolsillos de su maltratado traje. La rubia le siguió, muy satisfecha de la rapidez con que Chayn se había impuesto al pequeño canalla.

CAPÍTULO II

Farley Chayn llenó parcialmente dos vasos, agregó algunos cubitos de hielo y luego entregó uno a la rubia. Jimmy, de momento, aparecía modoso y se entretenía hojeando las páginas de una revista ilustrada.

—Soy todo oídos, señorita Parks —dijo él, después del primer sorbo—. ¿Qué necesita usted de mí?

—Protección —manifestó la joven redondamente.

—Ésa es una de las facetas de mi oficio —reconoció Chayn llanamente—. Y a juzgar por lo que he podido ver la está necesitando. Pero no puedo actuar si no me pone en antecedentes de lo que ocurre.

—Le diré, señor Chayn —contestó ella—. Primero es necesario que conozca mi nombre y el del chico. Yo me llamo Clarabel Parks. El apellido de Jimmy es Doane.

Chayn la miró fijamente. ¿De dónde diablos le sonaba el nombre de Doane?

—Su padre está en

Sing-Sing

—explicó Clarabel—. Se llama Earl Doane y está cumpliendo condena por asaltar una agencia de transportes de dinero, robo que produjo cuatrocientos mil dólares. El botín no ha sido hallado aún.

Chayn recordaba el caso. Había causado bastante escándalo siete años atrás, cuando él no había empezado aún su oficio.

La agencia perjudicada, que al mismo tiempo aseguraba también el dinero que transportaba, había prometido una recompensa de veinticinco mil dólares al que diese una pista para recobrar la suma robada. La recompensa seguía vigente, lo cual significaba que las palabras de Clarabel Parks eran ciertas.

—Señorita Parks —dijo Chayn—, temo que esa protección tendrá que pedirla a otro detective. Me sangra el corazón, pero no

puedo meterme en un asunto ilegal.

El corazón le sangraba, en efecto. Ver que la mujer de sus sueños estaba mezclada con una pandilla de ladrones, le había decepcionado profundamente.

—Espere un momento —rogó ella—. Todavía no me ha oído del todo.

—Tengo que ser cortés con usted, pero mi respuesta ya ha sido dada. No obstante, continúe, por favor.

—¿Considera a Jimmy capaz de haber robado esa enorme suma?

—No, claro —respingó Chayn—. Pero... ¿qué tiene que ver...?

—Aguarde, déjeme que siga. Jimmy es hijo de Earl Doane, en efecto. Su madre murió hace nueve años, cuando él tenía uno. Dos después Earl Doane cometió el robo.

»Naturalmente, no lo hizo solo. Le acompañaron tres o cuatro rufianes, instruidos y aleccionados por él. Uno le traicionó, por lo que fue detenido y juzgado. Jimmy fue a parar a una institución benéfica, pero luego se me confió su custodia.

»Yo no le pido que encuentre el dinero ni siquiera que lo proteja para que Jimmy pueda disfrutar un día de una suma conseguida por medios ilegales. Lo que deseo de usted es que nos custodie a ambos hasta el día en que su padre salga de

Sing-Sing,

cosa que sucederá aproximadamente dentro de un mes.

Farley Chayn respingó.

—¡Cómo! ¿Va a salir tan pronto? Pero, si creo que lo condenaron a...

Clarabel sacudió la cabeza.

—Le ha sido concedido un perdón particular, que está en sus últimos trámites. Cuando cumpla los siete años justos de su condena, es decir, dentro de un mes, será puesto en libertad.

—Me imagino que la agencia perjudicada habrá actuado secretamente, con el fin de seguirle después y hallar la pista del dinero.

Clarabel apretó los labios.

—Así pienso yo... pero no tengo interés, como le he dicho, por ese dinero, sino solamente por Jimmy. Hay tipos interesados en secuestrarlo, con el fin de forzar a su padre a que diga dónde escondió el botín. Me siento obligada hacia Jimmy, pero nada más;

apenas salga Earl Doane de la cárcel se lo entregaré y eso será todo. Por sus servicios —concluyó la muchacha—, le pagaré cinco mil dólares.

Chayn estudió la proposición durante algunos segundos.

Clarabel parecía sincera. Y, por otra parte, cinco mil dólares por un mes de trabajo no era una suma que se pudiera desdeñar.

—Acepto —dijo al cabo—. Pero con una condición.

—Hable, señor Chayn.

—Me redactará un documento por el cual me confía la protección de los dos y en el que se hará constar, de modo taxativo, que esa protección se refiere únicamente a las personas, no a cualquier bien que pueda proceder de un acto delictivo y, además haciendo resaltar que usted no tiene ninguna relación con el robo a la agencia. Si lo hace así, dese por protegida.

Clarabel aceptó en el acto.

—Conforme. Redáctelo usted y yo se lo firmaré.

Estaban en el despacho. Chayn se sentó a la máquina, insertó una hoja de papel en el rodillo y, tras reflexionar unos instantes, empezó a aporrear las teclas.

Diez minutos más tarde, tenía concluido el documento. Se lo entregó a Clarabel.

La rubia leyó el documento con suma atención. Poniéndose en pie, se acercó a la mesa y firmó con enérgicos trazos.

—Hecho —dijo.

Volvió al diván en que había estado sentada hasta entonces, tomó el bolso, lo abrió y extrajo del mismo un fajo de billetes que entregó al detective.

—Cuéntelos, por favor —dijo—. Hay dos mil quinientos. La mitad, como anticipo de sus servicios.

—Le extenderé un recibo —dijo Chayn al terminar la comprobación.

Una vez realizada la operación, miró a la joven.

—Estimo que, vistas las circunstancias, yo solo no podré proteger al crío con la suficiente efectividad para no temer, digamos, asaltos de esa pareja que nos atacó hace poco. En vista de ello, y salvo objeción en contra, llamaré a un buen amigo mío para que me ayude en la protección de sus personas.

—Si estima que es de confianza, hágalo, señor Chayn —aceptó

Clarabel.

Chayn levantó el teléfono, marcó un número y se aplicó el aparato a la oreja.

—¿Brann? —dijo segundos después—. ¿Estás libre? Te necesito... Sí, inmediatamente. Te espero dentro de quince minutos. Hasta ahora.

Colgó el aparato de nuevo.

—Ya está —dijo, mirando de nuevo a la chica. ¡Qué hermosa era!—. Señorita Parks, ¿me permite que le haga una sugerencia?

—Por supuesto —respondió ella amablemente.

—Usted ha dicho antes que el padre de Jimmy tardará un mes en salir de

Sing-Sing.

—Nada más cierto.

—No es que sea un experto —siguió el detective—, pero he podido darme cuenta de que los amigos de Earl Doane tienen un gran interés en echar mano al chico, usted ya me explicó claramente los motivos.

—Sí, así es.

—Bien, en tal caso, ¿por qué no abandonamos la ciudad y nos refugiamos en algún lugar secreto, sólo conocido de nosotros? A mi entender, es el medio más seguro para esquivar a esos granujas.

—Es una buena idea, en efecto. —Después de unos segundos de vacilación, ella añadió—: Yo poseo una cabaña a ciento cincuenta millas de la ciudad, en las montañas. Podríamos ir allí hasta que Earl hubiera salido de la cárcel.

—Lo haremos, aunque antes será conveniente que nos aprovisionemos de todo lo suficiente para pasar allí un mes: ropas, alimentos... ¿me ha comprendido?

—Desde luego. Yo tendría que ir a mi casa y llenar un par de maletas con ropas para mí y para Jimmy.

—¡Jimmy! —exclamó de repente—. ¿Dónde se ha metido ese pequeño demonio?

Clarabel lanzó un grito de susto. El chico no se veía por ninguna parte.

—Se habrá escapado —rugió Chayn, lanzándose hacia la puerta. Y en aquel momento, sonó un agudo grito de rabia.

—¡Se ha hundido!

Chayn y Clarabel se contemplaron, enormemente asombrados, sin poder comprender el significado de las frases que emitía Jimmy a voz en cuello.

—¡Es un barco de porquería! —gritaba—. ¿Qué clase de idiota es el que lo construyó?

El pecho de Chayn se dilató hasta amenazar con romper la camisa limpia que se había puesto una vez en su apartamento. Extendiendo la mano para dejar a Clarabel a un lado, caminó con paso rápido hacia el lugar donde sonaban los gritos.

Ella le siguió. Llegaron al cuarto de baño.

Clarabel lanzó un grito de asombro. Chayn dijo algo muy gordo.

Jimmy había llenado la bañera de agua y la contemplaba, con las manos en los costados, haciendo gestos de desdén. En el fondo de la bañera se podía ver claramente un velero en miniatura.

Tratábase de una perfecta reproducción de un *clipper*, de los que hacían la carrera del trigo entre Australia e Inglaterra, que un viejo amigo de su padre, antiguo capitán de veleros, le había regalado cuando tenía la edad de Jimmy. Chayn conservaba la maqueta como una de las propiedades más queridas, no por su valor, sino por el recuerdo sentimental que suponía y ahora, la acción de Jimmy la había destruido, podía decirse, teniendo en cuenta de que se trataba de un objeto de adorno y no de un barco para regatas en estanques.

—¡Qué asco de velero! —exclamó el chico despectivamente—. ¿Es que el imbécil que lo construyó...?

Chayn se metió la mano derecha en la boca. Mordió con fuerza; era el único medio que tenía para no estrellarla contra la mejilla del infernal crío.

—¡Jimmy! —gritó la chica—. ¡Pídele perdón inmediatamente al señor Chayn! ¡Ahora mismo!, ¿me has oído?

El chico comprendió que algo no marchaba bien. Miró al detective.

Chayn debía tener una cara espantosa, porque Jimmy se aterrorizó. Le entró pánico, quiso escapar, pero resbaló y se precipitó de cabeza en la bañera.

El detective salió de allí, llevándose las manos a la cabeza. Esto era el principio. ¿Qué ocurriría dentro de un mes?

Era preferible no pensarlo. Se dijo que pronto tendría que incluir

entre sus gastos personales, una partida que diría: «Por un frasco para teñir las canas: \$ 3.50».

Eso... sin contar con los amigos de Earl Doane.

CAPÍTULO III

Brann Oates llegó a la hora prefijada.

Era un hombre recio como un castillo. Su cabeza era normal, pero en contraste con su enorme corpachón, parecía una aceituna adherida a una patata. Una de las diversiones favoritas de Oates era partir las mesas a puñetazos, cuando no eran de sus amigos, claro.

Chayn hizo las presentaciones.

—Señorita Parks, éste es mi amigo Brann Oates. Brann, la señorita Clarabel Parks.

—¿Qué tal? —dijo ella, vacilando antes de entregar su mano al recién llegado.

—Encantado —dijo Oates con un vozarrón que parecía el del mitológico Estentor. Se volvió hacia Chayn—: ¿Qué es lo que he de hacer, Farley?

Éste se lo explicó, añadiendo:

—Tienes la fuerza de un tanque pesado, pero el chico que se está secando ahora en el cuarto de baño es peor que un cañón de doce pulgadas de la marina. Si te imaginas lo que ese cañón puede hacer en un tanque, ya puedes empezar a discurrir un método para meterle en cintura.

Oates silbó.

—¡Caramba con el chiquillo! ¿Es su hijo, señorita Parks? Oh, qué torpe soy; preguntarle a una soltera sí... Bueno, yo quería decir...

Chayn pegó un par de palmadas en el hombro de su aturrullado compañero.

—No sigas hablando, Brann; de lo contrario, acabarás por estropearlo. —Miró a la chica y vio que reía silenciosamente de la torpeza del gigante—. Oye, la señorita Parks y yo tenemos que salir ahora. No he de decirte la forma en que has de cuidar del chico.

—Pueden irse tranquilos los dos —aseguró el gigante—. Sé cómo

tratar a los chicos. En casa éramos doce hermanos.

—Brann, eso no me lo habías dicho —exclamó, asombrado por la noticia.

El gigante pareció avergonzarse.

—Bueno, es que yo soy la oveja negra de la familia, Farley, y no me gustaba hablar de eso.

—¿Por qué? —inquirió la chica, curiosa.

—Mis padres poseían una enorme granja. Todos mis hermanos trabajaban en ella. Era una labor que no me gustaba, por eso la dejé y me vine a la ciudad.

—Bien, en realidad, cada uno debe elegir el trabajó que mejor le acomode —dijo Clarabel—. Así que doce hermanos, ¿eh?

—Sí, seis chicos y seis chicas, alternados. Por ahora, sólo tres quedan solteros, los más jóvenes, claro.

—Vaya familia —murmuró Chayn—. Tendrás los sobrinos a montones.

Brann sonrió ampliamente. Empezó a contar con los dedos, mientras movía los labios silenciosamente.

—Ocho casados... el mayor tiene ya seis críos, el más joven acaba de tener el primero hace unos meses... veintinueve sobrinos, en total. Y tres llamadas a la cigüeña, que serán atendidas antes de que acabe el año.

Clarabel miró al detective con aire maravillado.

—Eso no es una granja: es toda una ciudad.

—Y si añadimos los nueve peones, todos casados y con veintiséis hijos en total, que trabajan como empleados...

Clarabel le agarró por el brazo y tiró de él hacia la puerta.

—Vámonos, señor Chayn. Ciertas cifras me marean sólo de oírlas. ¡Qué hormiguero!

Llegaron a la calle. Clarabel eligió sin vacilar su convertible.

—Es un coche estupendo —dijo Chayn.

—Sí —admitió ella con desgana, mientras lo ponía en marcha—. Me ha costado un buen pico.

No le pareció correcto preguntarle de dónde había sacado el dinero. Pero había en ella algo que no acababa de gustarle del todo, pese a que la consideraba como la mujer de sus sueños. El hecho de que estuviese en relaciones con un notorio ladrón, hacía que Clarabel Parks perdiese muchos puntos en la estimación de Farley

Chayn.

Media hora más tarde, se detenían ante una casa de apartamentos, situada en una de las zonas más exclusivas de la ciudad. El portero que custodiaba la entrada tenía todo el aire de no aceptar propinas inferiores a veinticinco dólares.

Subieron en un ascensor que parecía construido para algún rey árabe del petróleo y salieron a un corredor, en cuya alfombra central se hundían los pies hasta el tobillo. El lujo más inusitado se respiraba por todas partes.

Al cabo de unos segundos llegaron ante la puerta de uno de los apartamentos, Clarabel abrió el bolso y sacó la llave.

—¡Qué raro! —dijo un instante después—. ¡Está abierto!

Una sensación de alarma invadió en el acto el subconsciente de Chayn. Sacó el pequeño revólver que llevaba en la funda bajo la axila y lo situó en el bolsillo derecho de su chaqueta, dispuesto a estropear el segundo traje del día, si se veía obligado a disparar a través del tejido.

La rubia empujó la puerta. Dio unos dos pasos en el interior del apartamento y soltó una exclamación:

—¡Matt! ¿Qué haces aquí? —preguntó con gran extrañeza.

Había un hombre en el interior del piso. Era joven, arrogante, magníficamente trajeado, de ojos claros y cabellos castaños, cuidadosamente peinados. A Chayn le pareció que era un sujeto de los que se pasan diariamente dos horas en, la peluquería, pese a lo cual, advirtió al instante que no tenía nada de afeminado.

El hombre avanzó hacia ella, tomándola por ambas manos con gesto posesorio.

—¡Clarabel! ¿Por qué has tardado tanto? ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?

Farley Chayn torció el gesto. ¿De dónde sacaba aquel sujeto tanta autoridad sobre Clarabel?

Ella contestó:

—He estado ocupada, Matt...

—¿Quién es este hombre? —preguntó el tipo, reparando súbitamente en Chayn.

Su mirada era claramente hostil; la simpatía brillaba por su ausencia en la expresión de su rostro.

—Deja que te explique, Matt. Te presento al señor Chayn,

detective privado. Señor Chayn —se volvió hacia él—, el señor Lindsay, mi prometido.

Chayn sintió algo muy parecido a un golpe en el plexo solar.

—Encantado —murmuró, disimulando heroicamente la decepción que sentía. La mujer soñada había resultado ser la mujer de los sueños de otro.

Lindsay contestó con una seca inclinación de cabeza y un gruñido. Luego, dejando de considerar al joven, miró a Clarabel nuevamente.

—¿Qué hace un detective privado contigo? ¿Por qué lo has traído aquí?

—Querido —respondió ella—, tendré que dejarte durante un mes. A mi vuelta nos casaremos.

—Ésa no es una respuesta —masculló el sujeto irritadamente—. Ya sé que nos casaremos, pero no veo qué relación puede tener contigo el señor Chinel...

—Chayn —corrigió amablemente el detective—. Farley Chayn, señor Lindsay.

—Es lo mismo —farfulló éste—. Vamos, habla, Clarabel. Estoy esperándote.

Chayn se dijo que el sujeto se merecía un buen par de bofetadas por su desconsideración con la chica, pero al instante añadió que ello era cuestión particular entre Clarabel y su prometido. Debía permanecer discretamente a un lado y no intervenir en sus disputas, se aconsejó a sí mismo.

—Demasiado sabes lo que me ocurre —contestó ella—. La vida del chiquillo está gravemente amenazada y yo tengo la obligación de cuidar de él hasta que su padre salga de la cárcel.

—¡El maldito crío! —bramó Lindsay exasperadamente—. ¿Por qué no lo envías al diablo de una vez? ¡Ese chiquillo no te traerá más que disgustos, te lo pronostico yo desde aquí!

—Por favor, Matt, comprende mi posición. Sólo se trata de un mes...

—¿Un mes? —rugió el antipático individuo—. ¿Has de estar separada de mí todo un mes? ¿Qué diablos piensas hacer?

—El señor Chayn, Jimmy y yo nos iremos a mi cabaña. Los... los amigos de Doane desconocen su situación y no nos podrán encontrar, ¿comprendes?

—¿Y has de estar sola en las montañas un mes con este tipo? —preguntó, dirigiendo a Farley Chayn una mirada atravesada.

—¡Matt! ¿Qué supones de mí? —preguntó ella indignada.

—Perdón —intervino Chayn de pronto—. No me gustaría ser motivo de disputas entre dos enamorados. Señorita Parks, le enviaré su dinero apenas llegue a mi casa. No puedo...

—¡Espere! —le atajó Clarabel bruscamente—. Usted está a mi servicio por un mes y cumplirá su encargo, tanto si le gusta como si no. Olvide lo que acaba de escuchar, ¿me ha oído?

—Sí, señorita Parks —contestó Chayn mansamente. Aquello irritó a Lindsay más todavía.

—Clarabel, si piensas que te voy a consentir...

La chica se hartó.

—En este asunto haré lo que quiera, Matt, así que no te esfuerces más. Quisiera que lo comprendieses de una vez.

Los dientes del tipo crujieron audiblemente.

—Está comprendido —dijo—. Y acabado. Tú y yo hemos terminado para siempre, Clarabel.

Se dirigió hacia la puerta y cerró con un golpe que hizo bailar los cuadros de las paredes.

Luego hubo unos momentos de silencio. Los ojos de Clarabel aparecían llenos de lágrimas por la decepción que acaba de sufrir.

—Le ruego me dispense, señor Chayn —dijo—. Matt es un poco vivo de genio...

—¡A cualquier cosa llama usted vivo de genio! —replicó el detective—. ¿Qué clase de hombre es que no se siente capaz de confiar en su prometida? Lo que no entiendo es cómo fue capaz de aguantarle tantas impertinencias.

—Será mejor que lo dejemos —suspiró ella—. Ya se le pasará y volverá a mí. En medio de todo, me quiere muy sinceramente.

Chayn contestó con una frase clásica:

—¡Pues hay cariños que matan! —E inmediatamente, preguntó—: ¿Puedo saber por qué tiene usted tanto interés en el chiquillo? Ya que asegura no tener ninguna ambición sobre los cuatrocientos mil dólares del botín, no me explico cómo está haciendo semejante favor a un *gangster notorio*, señorita Parks.

El hermoso rostro de Clarabel se veló súbitamente.

—Jimmy es hijo de mi difunta hermana Annie, señor Chayn.

—Entiendo —murmuró el detective pensativamente.

—Temo por Jimmy. No sé cómo lo educará su padre... pero no veo otra salida que entregárselo cuando lo liberen. Earl lo quiere mucho y seguramente se irán a Europa cuando salga de Sing-Sing.

Lo educará allí y...

—Con el dinero producto del robo —dijo Chayn en tono severo—. ¿Se da cuenta de que actuando de ese modo ayuda a un criminal?

—Pero eso no es ayuda, señor Chayn —protestó ella—. Yo no sé dónde está ese dinero, puedo jurárselo. Es más, si lo supiera, iría a decírselo ahora mismo a la policía. Trato únicamente de proteger la vida de un niño de pocos años, eso es todo.

—Acaso alguien no lo considere así —contestó Chayn—, pero en todo caso, si se mira imparcialmente, no está cometiendo usted ningún delito. Lo único que me extraña es que no reclame la protección de la policía.

—Earl me dijo que contratase a un guardaespaldas poco conocido. Elegí su nombre al azar en la guía profesional, señor Chayn —explicó ella.

El detective miró en torno suyo.

—Este apartamento cuesta dinero. Usted está dispuesta a gastarse cinco mil dólares por mis servicios. ¿No estará pagando todo eso con parte del botín?

Clarabel se sonrojó vivamente.

—Señor Chayn —contestó—, se nota que es usted muy poco aficionado a la literatura.

—Sólo leo novelas del Oeste y alguna de *suspense* de cuando en cuando, además del Boletín Mensual de la Asociación de Investigadores Privados —contestó él con desembarazo.

—Entonces, es seguro que no ha leído «CORAZONES IRRADIANTES», por C. Parksay —dijo la rubia.

—Debo confesar que no... ¡Oiga! ¿Es usted la autora de esa obra? —exclamó Chayn, vivamente sorprendido.

—Así es. El editor me recomendó que firmase C. Parksay. Se han vendido ya quinientos cincuenta mil ejemplares de la obra y el personaje ha gustado tanto que la TV me ha hecho proposiciones para realizar un serial, a base de sus andanzas. ¿Explica todo esto la

procedencia de mi dinero?

Chayn la miró de soslayo.

—C. Parksay... Apuesto a que Matt es su editor —dijo.

Ella se sonrojó vivamente.

—Acertó —dijo.

—Esto explica algunas cosas más —murmuró Chayn—. Bien, en fin, espero que cuando se hayan casado sepa atarlo corto; de lo contrario, le pronostico un divorcio fulminante. Y —añadió intencionadamente—, no sé por qué me parece que usted es mujer de un solo hombre... el día que lo encuentre, claro.

Ella no contestó directamente. Fuertemente sonrojada, dijo:

—Será mejor que empiece a preparar mi equipaje. Hay bebidas en el licorero; sírvase a su gusto mientras tanto.

Una hora más tarde, ya de noche, Chayn cargaba con dos pesadas maletas atestadas de ropa para Clarabel y el chico.

—Adquiriremos las provisiones mañana, antes de la partida —dijo ella.

Momentos después, el automóvil arrancaba en dirección a casa del detective en donde, de mutuo acuerdo, Clarabel y el chico pasarían la noche, a fin de disponer de una mejor protección. Cuando entraron en el apartamento de Chayn, lo primero que vieron fue a Brann Oates tendido de bruces en el suelo, completamente inmóvil.

CAPÍTULO IV

Farley Chayn se precipitó en socorro de su amigo. Tras él, Clarabel dejó escapar una exclamación de espanto.

El detective no tuvo tiempo de arrodillarse al lado del caído. Una voz de tonos perentorios sonó a sus espaldas.

—¡Quieto ahí, amiguito! —dijo el tipo—. ¡Si se mueve, le ventilaré los sesos a tiros!

Chayn se incorporó lentamente, volviendo la cabeza. Delante de él, Ringo, con una pistola en la mano, le contemplaba sonriendo con perversa expresión.

—No se mueva —repitió la orden—. Mientras nos sea posible, queremos irnos sin causarles daño, pero si nos obliga, tiraremos a matar sin pensárnoslo dos veces.

Chayn arrojó una mirada hacia la rubia. Clarabel se mordía los labios, evidentemente conteniendo las ganas de llorar que sentía.

—Retrocedan los dos —ordenó Ringo—. Dejen el paso libre.

Chayn comprendió que el otro compinche debía hallarse en la habitación contigua junto al crío. La cólera le dominaba, pero la pistola que Ringo empuñaba con granítica firmeza le impedía toda reacción.

—Así, muy bien —aprobó el pandillero con torva sonrisa—. ¡Tubbles! —gritó de pronto.

—¡Voy! —contestó el otro rufián desde el interior.

Instantes después, Tubbles salía arrastrando de la mano al chiquillo.

—¡Clarabel! —gritó Jimmy al ver a la muchacha.

—Tranquilo, chico —recomendó Chayn—. Haz lo que estos señores te digan; así no sufrirás ningún daño.

Tubbles soltó una fuerte risotada.

—Es usted un buen consejero, señor Chayn —dijo—. ¿Listos, Ringo?

—O. K., Tubbles —contestó el aludido.

—La policía... —empezó a decir Clarabel.

—Me alegro que haya mencionado a esa gente —dijo Ringo súbitamente—. Olvídese de lo que ha pasado aquí, si quiere que el chicuelo siga viviendo, ¿me ha comprendido, guapa? ¡Y a usted le digo lo mismo, fisgón! —Se dirigió al detective—. ¡Vamos, Tubbles; larguémonos de una vez!

Ringo retrocedió hacia la puerta. Tubbles le imitó.

En aquel momento ocurrió lo inesperado.

—¡No quiero irme con ustedes! —chilló Jimmy. Y sin previo aviso, levantó su pie derecho y lo estrelló contra la rodilla de Tubbles.

El pandillero lanzó un grito de dolor. Hay que reconocer que el crío era valiente... acaso la inconsciencia de sus pocos años. Como vio que su golpe había obtenido éxito, disparó el pie de nuevo, ahora contra la otra rodilla.

Los gritos de Tubbles atronaban el ambiente. Ringo lanzó una espantosa maldición y, perdiendo los estribos, se arrojó sobre el crío, olvidándose por un instante de sus cautivos.

Este olvido resultó desastroso para él. Rápidamente, Chayn le arrojó una silla entre las piernas. Ringo se enredó y cayó al suelo de bruces, soltando la pistola, que fue a parar bajo un diván.

Ringo lanzó una espantosa maldición. Quiso incorporarse, pero en el mismo instante, Clarabel rompió sobre su cabeza un gran jarrón. El rufián dejó escapar un gruñido y se tendió en el suelo, casi junto a Brann Oates.

Mientras tanto, Chayn no había permanecido inactivo. Tubbles estaba muy ocupado saltando alternativamente sobre cada pierna, esquivando la serie de furiosas patadas que el chiquillo le asestaba sin cesar. Tubbles le echó las manos al cuello, pero su torpeza, en comparación con la siniestra agilidad del crío, resultaba patente.

Entonces llegó Chayn y empezó a martillearle el estómago con ambos puños. Jimmy aullaba de júbilo.

Tubbles resopló dolorosamente. El nuevo castigo resultó ya excesivo. Acabó cayendo de espaldas, sin ánimos de resistir.

Jimmy se precipitó sobre el detective y le abrazó entusiasmado.

—¡Bravo, campeón! ¡Así se pega! ¡Farley, qué grande eres!

El joven puso pronto fin a las calurosas efusiones del chiquillo.

Inclinándose sobre el caído, le despojó de su pistola. Luego se retiró a un lado.

—Señorita Parks —dijo, jadeante y casi sin aliento—, ¿quiere preparar un par de copas? Si no tomo un buen trago, acabaré cayéndome redondo al suelo.

—De acuerdo —respondió ella—. Yo también lo estoy necesitando.

—Jimmy —se volvió Chayn hacia el crío—, anda a la cocina y trae un poco de agua para despertar al señor Oates.

—Sí, héroe.

Jimmy volvió poco después, cuando ya los dos jóvenes estaban tomando sendos vasos de licor, con hielo y soda. Naturalmente, el crío, en lugar de traer el agua en un vaso, como le había ordenado, la trajo dentro de su pistola.

Brann Oates tosió y estornudó primeramente y luego acabó por sentarse estúpidamente en el suelo.

—¿Dónde está el camión; que me atropelló? —preguntó gemebundo.

Chayn le miró con severa expresión.

—Brann, te contraté para que protegieras al crío —dijo en tono reprobatorio—. De haber llegado nosotros un minuto más tarde, esos dos granujas hubiesen conseguido sus propósitos.

—Lo siento —dijo el gigante, llevándose una mano a la cabeza—. Fue algo completamente imprevisto. Jamás me hubiese imaginado que...

—Está bien —suspiró Chayn—; lo importante es que hemos llegado a tiempo. Ahora, ponte en pie y espabilate; quiero que estés en forma para cuando estos tipos se despierten.

—De acuerdo, Farley.

Caminando todavía torpemente, Oates se dirigió al cuarto de baño, del que regresó justo a tiempo cuando Ringo se sentaba en el suelo, sin saber lo que le había sucedido. Tubbles despertó un poco después.

El desencanto de los dos pandilleros fue claramente visible en sus caras al verse inutilizados y bajo la amenaza de sus propias pistolas. Dirigiéndose a la muchacha, Chayn dijo:

—Sería conveniente que se llevase al crío de aquí, señorita Parks. Lo que va a suceder no es conveniente que lo vea un chico de

su edad.

Jimmy pateó el suelo, a la vez que cruzaba los brazos con gesto obstinado.

—¡Yo me quedo aquí! —dijo en tono resuelto—. Quiero ver cómo les aplican a estos dos rufianes el tercer grado...

—¡Qué gracioso! —dijo Chayn, acariciándole el cabello—. Se nota que ves muchos programas de televisión, ¿eh? —De pronto, bajó la mano y le atizó una formidable palmada en las posaderas—. ¡Largo, mequetrefe! —bramó.

Por segunda vez, el crío pareció asustado. Miró a la joven lleno de desconcierto; era evidente que nadie le había tratado de aquella forma hasta entonces. Pero cuando vio que Chayn se disponía a repetir el golpe, escapó a todo correr, seguido de Clarabel Parks.

Chayn esperó a que la puerta del cuarto contiguo se hubiese cerrado. Luego, escogiendo cuidadosamente sus palabras, dijo:

—Brann, elige al que más antipático te sea de los dos y pregúntale quién y por qué les envió a secuestrar al chico. No me importa lo que hagas; quiero resultados, ¿estamos?

Brann sonrió complacidamente.

—Ahora estoy en mi elemento —exclamó. De pronto, su mano izquierda se disparó y atenazó a Ringo, que era el de menor envergadura, sujetándole fácilmente por el cuello—. Éste fue el hijo de perra que me golpeó con una matraca, Farley.

—Adelante, muchacho —invitó Chayn—. Yo me ocuparé mientras de mantener a Tubbles a raya. —Miró al aludido, encañonándole con la pistola—. Si te mueves, te abraso.

Tubbles no tenía ánimos para reaccionar. En cuanto a Ringo, al ver el enorme puño del gigante tan cerca de su cara, estaba pálido como un difunto.

—Suélteme —pidió, con voz cloqueante—. De todas formas, poco puedo saber yo. Erkes Davis fue el que nos envió y no nos dio más explicaciones.

—¿Quién es Erkes Davis?

La pregunta procedía del detective. Pero la respuesta llegó de Clarabel, cuya voz salió por una rendija de la puerta que no había cerrado del todo.

—Intervino en el atraco con Doane —manifestó.

—¿Es cierto eso? —Chayn miró a Tubbles.

—Yo no sé nada —contestó el aludido hoscamente.

—¿Le atizo para que responda? —preguntó Oates, haciendo bailar a su prisionero como si fuese un pelele.

—Dije antes que quiero resultados. El medio no me importa demasiado —habló Chayn.

—¡Espere! —gritó Ringo agudamente. Tenía la cara desencajada y el sudor corría en abundancia por sus sienes—. Olvidé una cosa... pero les juro que no sé más... Oímos decir a Davis que el chico conocía la contraseña para saber dónde está el dinero... por eso quería que se lo llevásemos... Le juro que no sé más... Es la pura verdad, lo juro —insistió.

Chayn se dio cuenta de que el pandillero no mentía.

—Brann, suéltalo. Que se vayan los dos.

Oates se desilusionó.

—Hombre, al menos, deja que me desquite.

—No —gruñó el joven—. Así aprenderás otra vez a tener los ojos bien abiertos. ¡Vosotros, fuera, pronto!

Ringo y Tubbles no se lo hicieron repetir. Apenas hubieron franqueado el umbral, Chayn dio dos vueltas a la llave y luego echó el pestillo de seguridad.

Clarabel salió, seguida del chico. Chayn la miró de mal talante.

—¿Sabía usted que el chico conoce una contraseña para hallar el dinero? —inquirió.

—Eso es completamente nuevo para mí —respondió ella, tan desconcertada como Chayn y su ayudante. Volvió la cara hacia el crío—: Jimmy, ¿qué contraseña es ésa? ¿Quién te la dio?

—Mi padre, claro, cuando estuve hace unos meses a visitarle en el presidio —respondió el arrapiezo con todo desparpajo—. Me la hizo aprender de memoria y me dijo que un día podía serme útil, pero no aclaró qué clase de utilidad era ésa.

Clarabel y Chayn cruzaron una rápida mirada de inteligencia. Demasiado comprendían el significado de las palabras del pandillero.

—¿Cómo fue el chico a visitar a su padre? —preguntó Chayn.

—Le acompañé yo —respondió Clarabel—, pero hubo un momento en que Earl me pidió quedarse a solas con el chico. No vi motivos para no complacerle; me pareció que quería darle consejos para no verse un día como él tras unas rejas.

—Está bien —suspiró el detective—. Jimmy, ¿en qué consiste la contraseña? Señorita Parks, desde ahora le advierto —agregó—, que si encontramos el dinero, lo devolveré íntegro a sus propietarios.

—Lo hubiera hecho yo, de haber conocido el escondite —repuso la joven con sencillez—. Habla, Jimmy.

—Muy bien —contestó el chicuelo—, pero me parece que no sacarán nada en limpio. Ni yo mismo lo entiendo, conque...

—Habla de una vez —se impacientó el detective.

—Se trata de unas letras y unas cifras. Es... son éstas: L-P-S-A-S-H-L-A-E-G-O-E-M-U-T-I-1-E-2-5-0-I-S. ¡Y nada más! —concluyó el crío, dejándoles a los tres sumidos en el más profundo desconcierto.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, Farley Chayn no había conseguido aún descubrir el misterio de la contraseña.

Él sí se había desvelado; apenas si había dormido en toda la noche, con un mazo de cuartillas en una mano y un lápiz en la otra, repitiendo las letras y las tres cifras y tratando de hacer con ellas todas las combinaciones posibles. Muy avanzada ya la noche, se había acostado en un diván a dormir. —Clarabel y el crío ocupaban su habitación—, sin haber conseguido el menor progreso.

Brann Oates dormía en la alfombra de la sala. El silencio, a las siete de la mañana, era absoluto.

Sonó el timbre de la puerta. Farley Chayn abrió un ojo y luego los dos. Poniéndose en pie, bostezó aparatosamente.

De pronto se encontró en el salón. Tardó algunos segundos en comprender por qué no estaba en su dormitorio. No tardó en volver a la realidad.

Sentándose en el diván, se puso los zapatos. Golpeó el costado de Oates.

—Arriba, Brann —le increpó—. Tenemos visita.

El gigante emitió un bostezo descomunal, semejante al rugido de un león.

—Están llamando a la puerta y quiero que me protejas —advirtió Chayn.

Oates se puso en pie de un salto, situándose al lado de su amigo, mientras éste se disponía a abrir. Chayn soltó el cerrojo y luego dio vueltas a la llave en sentido contrario.

Abrió la puerta. Había un hombre en el corredor, el cual le contemplaba con cierta expresión de ansiedad en su rostro.

—¿Señor Chayn? —preguntó el recién llegado. Era un sujeto joven, de cabellos pajizos y ojos muy claros, que le conferían un aspecto nórdico inconfundible. Se le notaba fuerte y poseedor de

una notable musculatura.

—Yo mismo —contestó el detective—. ¿Qué es lo que desea?

—Verá —dijo el visitante—. Ya sé que ésta no es la hora más adecuada para hacer visitas, pero... En fin, la urgencia del caso me ha hecho saltar por encima de las conveniencias sociales. Perdón, me llamo Carl Hansvum, señor Chayn.

—Encantado —respondió el joven secamente—. Éste es mi ayudante, Brann Oates. Pase usted, señor Hansvum.

Oates cerró la puerta después de que Carl hubo franqueado el umbral. El visitante dio dos o tres pasos en el interior de la habitación y luego se volvió hacia el detective.

—Señor Chayn, desearía encomendarle una misión. Repito que es algo urgente y... Bien, si me escucha, tal vez nos entendamos antes, sobre todo, cuando sepa que estoy dispuesto a pagar bien sus servicios.

—Me parece que no va a ser posible —dijo Chayn—. En estos momentos...

—Por favor. —Hansvum levantó una mano—. No sentencie sin antes haber oído. Se trata de algo que puede reportarle cinco mil dólares de ganancia por algo relativamente sencillo.

—Si es tan sencillo, ¿por qué no lo hace usted mismo y se ahorra de este modo cinco mil dólares? —exclamó Chayn con aplastante lógica.

Hansvum se sonrojó fuertemente.

—Verá, señor Chayn, no me gustaría que mi nombre se mezclase en el asunto. Oh, no es que se trate de nada delictivo, sino, simplemente, que no quiero aparecer públicamente. Usted puede realizar esas gestiones por mí sin que, debido a su profesión, nadie se extrañe de ello, ¿me Comprende?

—Es posible —convino el joven—. Pero ya le he dicho antes...

—Por favor, si es preciso —cortó Hansvum—, subiré la oferta a seis mil. Se trata de una cosa muy sencilla: tiene que encontrar a un chiquillo de diez años, llamado Jimmy Doane, ganarse su confianza y...

Chayn escuchó sin pestañear. Desde el primer momento había adquirido el convencimiento de que la temprana visita de Hansvum estaba relacionada con el chiquillo.

—Lo siento —contestó con voz firme, cuando Hansvum hubo

terminado su exposición de los hechos—; no sólo me es imposible, sino que tengo otro encargo que realizar y que me hará salir de la ciudad hoy mismo. Créame que lamento mucho tener que darle una negativa, señor Hansvum, pero no soy de los que les gusta engañar a la clientela. Podría fingir que aceptaba su orden y al cabo de un tiempo, decir que había fracasado en mis gestiones, presentándole al mismo tiempo una crecida minuta. No soy de esa clase de gente; cuando no puedo aceptar un trabajo, lo digo desde un principio. Y no pase cuidado por mí; todo lo que me ha dicho será considerado como secreto profesional.

La desilusión se dibujó en el rostro del visitante.

—¡Qué lástima! —dijo en tono decepcionado—. Bien, si se marcha hoy de la ciudad... Perdone la molestia, señor Chayn. Adiós, señor Oates.

El gigante cerró la puerta apenas hubo salido el visitante. Silbó.

—¿Qué te parece la coincidencia, Farley? —preguntó.

—Muy sospechosa —respondió el joven sin vacilar. Y entonces sonó la voz de Jimmy.

—¡Eh! ¿Qué quería ese tipo? ¡Jimmy! —gritó Clarabel, compareciendo tras el mocoso, mientras se sujetaba presurosamente los cordones de la bata.

—Yo vi a ese hombre en

Sing-Sing,

cuando hablaba con papá. Le dijo: «¡Hola, Earl! ¡Qué chico tan guapo tienes...!». Estaba también en el locutorio de la penitenciaría...

—¿Estás seguro? —preguntó Chayn.

—Absolutamente —contestó Jimmy con rotundo énfasis—. Tengo un ojo clínico...

—Está bien —cortó Clarabel—. Anda al cuarto de baño y aséate.

Jimmy obedeció en el acto. Clarabel se acercó a los dos hombres.

—¿Qué opina usted, señor Chayn? —pregunto.

—Que es una visita muy sospechosa, máxime, si tenemos en cuenta que desean conocer a toda costa la contraseña que Jimmy se aprendió de memoria.

Clarabel abrió mucho los ojos.

—¿Sospecha usted que él —se refería a Hansvum—, pueda saber

algo?

—Lo que estoy viendo es —contestó Chayn—, que hay una gran cantidad de gente que se interesa por cuatrocientos cincuenta mil dólares y no precisamente para devolverlos a los propietarios. Esto me ha dado una idea.

—Expliquéis —rogó Clarabel.

—Usted, con Brann y el chiquillo, se irá al escondite de que me habló ayer. Yo me quedaré en la ciudad un par de días, practicando unas cuantas investigaciones y luego me reuniré con ustedes en su cabaña de las montañas.

—El contrato es para que nos proteja usted —protestó ella.

—Se trata de un asunto en el cual interviene una importante suma robada —arguyó Chayn—. No tengo ganas de que un día me echen el guante como cómplice de un delito en el cual ni siquiera tomé parte.

—Usted lo que busca son los veinticinco mil dólares de la recompensa —dijo Clarabel despreciativamente.

—¿Y por qué no? En todo caso, siempre sería un negocio honrado, cosa que no se puede decir de Earl Doane ni de sus compinches.

—Me imagino que será inútil intentar hacerle desistir, señor Chayn.

—Acaba de decir la mayor verdad del mundo —respondió el detective con todo desparpajo—. Brann, prepara el desayuno; en cuanto haya terminado, empezaré a trabajar. A propósito, señorita Parks, ¿dónde está ese escondite?

Ella se lo dijo. Chayn tomó nota en su agenda.

—Pasado mañana, dentro de tres días lo más tarde, me habré reunido de nuevo con ustedes —prometió.

Lo primero que hizo Chayn al salir de su casa, fue dirigirse a la Jefatura de Policía de Latham Rocks, en donde tenía un buen amigo, sargento en la División de homicidios.

El sargento Roberts escuchó al joven en silencio, mientras se acariciaba pensativamente la mandíbula.

—Carl Hansvum —dijo al terminar Chayn—. Sí, lo recuerdo. Un estafador con numerosos antecedentes. Cuando se terciaba, se dedicaba también al chantaje. La última condena fue de siete años, de los que ha cumplido cuatro y medio. Dos y medio le han sido

perdonados por buena conducta. Salió hará un par de semanas de Sing-Sing, en donde estaba como recluso distinguido, en la enfermería del penal.

—Enfermero, ¿eh? —rezongó Chayn.

—Sí, eso es. ¿Por qué te interesas por un sujeto semejante?

—Un cliente me ha encargado que investigue sobre él —mintió Chayn en tono natural—. Parece ser que las proposiciones que le hizo Hansvum sobre un fantástico negocio no acabaron de convencerle del todo y... Me imagino que después de mi informe, el cliente lo echará a puntapiés de su despacho.

—¡Hum! Eso es grave —comentó el policía—. Hansvum podría volver a

Sing-Sing

por quebrantar la palabra de observar buena conducta en libertad. Claro que por ahora no ha cometido la estafa; sólo si la lleva a cabo podrá acusársele de un delito.

—Desde luego. Pero me gustaría verle, con objeto de pararle los pies antes de que sea demasiado tarde. ¿Sabes dónde vive?

—No, aunque puedo decirte quién conoce su domicilio. Busca en el tercer piso de este mismo edificio, puerta

N-2,

al señor Heare; es el oficial de Libertad Bajo Palabra y conoce a todos los penados que están en la misma situación de Hansvum.

—Gracias, Roberts —contestó el joven, estrechando la mano de su amigo.

—Tenme informado de lo que consigas, Farley —pidió el policía.

—Así lo haré, descuida.

Chayn subió al tercer piso y buscó la puerta

N-2.

Martín Heare resultó ser un sujeto de alguna edad, amable y complaciente, el cual facilitó al momento los datos que le pedía el joven.

—Precisamente hoy mismo tenía que ir yo a su casa —dijo el oficial de Libertad Vigilada—. Hansvum tenía que haberse presentado ya hace dos días y no me gusta que los libertos se retrasen. Dígaselo así, por favor, señor Chayn.

—Cumpliré el encargo con mucho gusto —sonrió el joven,

despidiéndose del funcionario.

Salió de la Jefatura y subió al coche, encaminándose sin pérdida de tiempo al domicilio de Hansvum, al cual llegó treinta minutos más tarde.

Carl Hansvum residía en una casa de vecindad, donde se alquilaban apartamentos a precio módico. Al ver el aspecto del edificio, Chayn pensó con extrañeza en los seis mil dólares que Hansvum estaba dispuesto a darle a cambio de la información solicitada.

Recordando su fama de estafador, se dijo que seguramente, después de haberle proporcionado lo que le pedía, le hubiese dejado con dos palmos de narices. Sin embargo, la casualidad había hecho que su proposición fuese formulada con el suficiente retraso para no aceptarla.

Entró en el edificio y el ascensor, viejo y traqueteante, le subió hasta el cuarto piso, donde residía el exconvicto. Salió al corredor, que olía a coles hervidas, y caminó hasta encontrar la puerta del apartamento que buscaba.

La puerta estaba entreabierta. Sin saber por qué. Farley Chayn presintió algo lúgubre.

Sus presentimientos tuvieron una triste confirmación, segundos después cuando vio a Hansvum tendido de bruces en el suelo, con un puñal clavado en la espalda hasta la empuñadura.

CAPÍTULO VI

La policía intervino con prontitud y eficacia, dirigida la patrulla correspondiente por el sargento Roberts. Cuando se hubieron llevado el cadáver de Hansvum al depósito, Roberts se enfrentó con su amigo.

—No te ausentes de la ciudad sin comunicármelo —dijo—. Me gustaría hablar contigo ampliamente acerca del pájaro.

Chayn contestó:

—Ya te he dicho cuánto sé —volvió a mentir—. Trataba únicamente de proteger los intereses de mi cliente.

—Bueno, bueno —dijo el policía plácidamente—, ya veremos. Lo dicho, ¿eh, Farley?

El joven salió de la casa. Montó en su coche y rodó durante un cuarto de hora antes de detenerse en la parte céntrica de la ciudad, frente a una cafetería, en una de cuyas mesas se sentó, encargando una taza de café.

Después de tomar la infusión, sacó la agenda y una pluma y se puso a escribir.

Hansvum conocía a E. Doane; Jimmy lo ha dicho y no hay motivos para dudar.

Jimmy tiene una contraseña para hallar el dinero. ¿Por qué se confió a él su padre?

Erkes Davis conoce también el asunto; quiere el botín, porque tomó parte en el asalto.

¿Por qué no repartió E. Doane el dinero con sus cómplices después del hecho?

¿Dónde lo escondió? ¿Qué significa la clave?

¿Asesinó E. Davis a C. Hansvum?

¿Qué averiguó C. Hansvum de E. Doane en Sing-Sing?

De repente se le ocurrió una idea. Tras breve reflexión, la

trasladó al papel.

Es posible que la contraseña que conoce Jimmy no esté completa; que exista otra parte que sólo conoce su padre... o alguien que haya tenido con éste la suficiente confianza como para haberle sonsacado.

C. Hansvum tenía antecedentes de estafador. Los estafadores, por regla general, son tipos de palabra fácil y muy persuasivos.

¿No pudo ocurrir que C. Hansvum arrancara a E. Doane la otra parte de la contraseña?

En tal caso, ¿quién y por qué lo asesinó?

Volvió a reflexionar durante unos minutos, mientras repasaba atentamente las notas escritas.

La pluma se movió de nueve sobre el papel.

E. Davis tomó parte en el asalto. Pero había dos granujas más.

¿Quiénes son? ¿Dónde están?

Es preciso averiguar sus nombres y domicilios.

Pero no puedo hacerlo por mediación de Roberts; sospecharía y me obligaría a hablar.

¿Dónde vive E. Davis? Convendría visitarle, pero esos gorilas...

Encendió un cigarrillo y recorrió con la vista las últimas frases. Sí, hablar con Erkes Davis sería interesante. Sin embargo, debía hacerlo no sólo con discreción, sino procurando hallarlo a solas, tanto por evitarse inconvenientes como por acentuar su presión sobre el sujeto.

Al cabo de un rato, pagó la consumición y abandonó la cafetería. Un pillete voceaba los periódicos de la tarde un poco más allá.

Compró uno por costumbre. Leyó los titulares. Se estremeció brutalmente.

¡EARL DOANE FALLECIÓ AYER TARDE EN SING-SING!

Como seguramente recordarán nuestros lectores, Earl Doane fue el jefe y cerebro de la banda que hace siete años perpetraron un robo muy importante a una agencia de mensajeros. El botín, cuyo monto ascendía a cuatrocientos cincuenta mil dólares, no ha sido habido hasta el momento y es muy posible que no se encuentre jamás, pues Doane se habrá llevado su secreto a la tumba, desde la enfermería del penal, en la que ya llevaba algún tiempo, debido a

su delicado estado de salud...

«Sí, se dijo el joven; alguien había conseguido arrancar a Doane parte de un secreto tan bien guardado, pero ese alguien. — Hansvum—, no había, conseguido ningún provecho de su acción».

Tal vez su asesino...

Lo que no acababa de entender Farley Chayn era por qué Doane había tenido que dividir la contraseña. Si quería que sólo se beneficiase el chiquillo, hubiera bastado con decírselo redondamente, sin más trámites y no empleando una argucia infantil, pero efectiva, hasta el momento.

Y si quería guardar el dinero de la codicia de sus compinches, ¿a quién estaba destinado el segundo fragmento de la contraseña? Porque no era concebible que se la hubiese establecido a sí mismo, conociendo el lugar exacto del escondite del dinero.

Chayn pensó de pronto que tal vez Clarabel podía ser la otra persona beneficiaria de la fabulosa suma cuyo paradero se desconocía por completo. Había mostrado sorpresa al escuchar la revelación de Jimmy, pero ¿no habría sido una ficción destinada a engañarle?

Nada encajaba, nada resultaba lógico. Y lo malo era, pensó descorazonado, que Earl Doane ya no lo aclararía jamás; su secreto había bajado con él a la tumba.

Suspirando hondamente, entró en su coche y dio el contacto. Pensó que lo primero que debía hacer era averiguar el paradero de los otros dos compinches de Doane. Y su domicilio.

¿Quién, aparte de Roberts, al que por razones obvias no podía acudir, estaba en condiciones de facilitarle los informes deseados?

Tardó varias horas en realizar algunas gestiones que, al fin, le colocaron en el camino de un bar titulado *La Serpiente*. El dueño se llamaba Hodkins y era un tipo gordo, calvo, sudoroso y de mirada aparentemente bovina, pero llena de agudeza, según pudo captar Chayn a las primeras de cambio.

Pidió un *whisky* doble con hielo y esperó a que Hodkins hubiera servido a un hombre, acompañado de una mujer ya en el camino de la madurez física y que, evidentemente, era una profesional del amor. Cuando vio que el *barman quedaba libre, agitó una mano*.

—¿Sí? —murmuró Hodkins desganadamente.

Chayn enseñó un billete de cinco dólares.

—Tengo entendido que Erkes Davis solía ser cliente de este bar en otros tiempos.

Hodkins no pestañeó siquiera.

—Es posible —convino lacónicamente.

—Estuvo mezclado en un feo asunto. Cuatrocientos cincuenta de los grandes. Earl Doane, Erkes Davis y dos más. ¿Dónde vive Davis? ¿Conoce los nombres y domicilios de los otros dos pájaros?

Hodkins le miró de hito en hito. Chayn decidió «engrasar» un poco más la memoria del *barman*.

Sacó unos cuantos billetes y empezó a contar. Se detuvo al llegar a cincuenta.

—¿Suficiente?

La regordeta zarpa de Hodkins se apoderó del dinero.

—Mark Sperren, calle Diez Oeste, seiscientos quince. Lou Gelligan, vive en el mismo apartamento.

—¿Y Davis?

—East Road Hills, novecientos uno.

Chayn anotó puntualmente los datos obtenidos.

—Gracias, Hodkins. —Y se marchó.

Anocheecía casi cuando llegó a la calle Diez Oeste. Buscó el seiscientos quince, una casa de no mucho mejor aspecto que la de Hansvum y entró en el portal.

El conserje le salió al paso. Chayn tiró antes de que le pusieran objeciones. Su disparo consistió en un billete de cinco dólares.

—¿Sperren? —preguntó lacónicamente.

—Quinto, letra C —respondió el portero antes de recobrarse del asombro que le había producido el «disparo» del joven.

Chayn se metió en el ascensor.

Momentos después se hallaba en el quinto piso. Buscó la tercera puerta y llamó con los nudillos.

No le contestó nadie. Empezó a sentir calor súbitamente.

Llamó por segunda vez, con el mismo resultado. Alargó la mano, pero la retiró antes de tocar el pomo de la puerta. Sacó un pañuelo.

La puerta no estaba cerrada con llave. Chayn abrió, cruzó el umbral y cerró la puerta.

Atravesó el vestíbulo. En una pieza destinada a comedor, vio a un hombre apoyado sobre la mesa.

—¿Sperren? —llamó.

El hombre no le contestó. Chayn se acercó a él y tocó su hombro.

Entonces, el sujeto se deslizó a un lado y cayó al suelo, quedando con los ojos, que estaban desmesuradamente abiertos, fijos en el techo.

En la sien derecha —él no lo había podido ver dada la posición—, tenía un agujerito negruzco.

Tocó con el meñique la sangre que había en torno al orificio. Estaba ya casi coagulada. La frialdad de la piel era evidente.

Se puso en pie, haciendo una profunda inspiración. «El día estaba metido en asesinatos», se dijo.

Porque, de ello tenía la seguridad, Gelligan estaba también muerto. O Sperren, en el supuesto de que el cadáver que estaba en el suelo fuese el de Gelligan.

Sus suposiciones se vieron confirmadas segundos después. Había otro cadáver en la habitación contigua.

Era un dormitorio de dos lechos. El muerto yacía atravesado sobre el que estaba más alejado de la puerta y de espaldas a ésta, con los pies y las manos colgando en el vacío. A pesar de su postura, Chayn pudo ver en su nuca el orificio que había dejado el proyectil letal.

Se pasó una mano por la cara. ¿Quién era aquel salvaje que en el transcurso de unas horas había cometido tres muertes?

La respuesta resultaba automática.

Erkes Davis.

E, inmediatamente, surgía la pregunta: ¿Por qué?

¿Qué podían saber aquellos sujetos para que Davis hubiese estimado necesario para sus planes el quitarles la vida?

Se dispuso a encender un cigarrillo, pero en el último momento consiguió no hacerlo; en modo alguno debía dejar tras sí alguna huella que pudiese comprometerle.

Guardó el cigarrillo y el encendedor. Empezó a registrar las ropas del cadáver con toda meticulosidad, procurando no moverle más de lo imprescindible. El registro no le proporcionó ningún resultado positivo.

Había una cómoda con varios cajones en el dormitorio. Sólo contenían ropa.

Salió al comedor y se arrodilló junto al otro cadáver. De pronto

vio que éste apretaba un trocito de cartulina entre sus dedos pulgar e índice.

Aflojó la presión. El fragmento de cartulina tenía forma triangular y era de contextura granulada. Uno de sus lados estaba cortado irregularmente, pero los otros dos, los que componían el ángulo recto, tenían un trazado completamente rectilíneo.

Indudablemente, eran los restos de una tarjeta de visita. Había unas letras impresas, parte de la dirección del propietario de la tarjeta. Grabó en su mente aquel conjunto de letras: ... *lgin Avenue*.

Reflexionó unos momentos, forzando su memoria en lo relativo a la topografía urbana de la ciudad. Había una Elgin Avenue y también una Chillgin Avenue.

Cualquiera de las dos podía ser.

Pero si tenía en cuenta que eran dos de las vías urbanas más largas, el trocito de cartulina le resultaba tan inútil como si no lo hubiese encontrado.

Suspiró: «Tendré que abandonar esta pista. Mejor será que me dedique a Erkes Davis...»

De pronto, todo su cuerpo se puso en tensión.

Creyó haber oído ruido en el vestíbulo. Avanzó hacia la puerta de comunicación —era más bien un gran arco, cubierto parcialmente por unas cortinas que ahora estaban recogidas a los lados—, y empezó a asomar la cabeza poco a poco.

El vestíbulo estaba desierto.

«Ha sido una ilusión de mis sentidos», se dijo, avanzando dos pasos. Y en el mismo momento, recibió un fortísimo golpe en la nuca.

«Esto no es ninguna ilusión», tuvo tiempo de pensar antes de sumirse en una inconsciencia de negrura total.

CAPÍTULO VII

El mismo dolor de cabeza, semejante a una barrena que girase lentamente a través de su cerebro, le despertó.

Permaneció unos momentos con la cara apoyada sobre las frías baldosas del suelo, dejando que aquel contacto le hiciese volver a la vida poco a poco. Sintió unas violentas náuseas y el estómago se le agitó alborotadamente en el interior de su cuerpo.

Dejó pasar unos minutos. Primero movió una mano; el bulto que tenía en la nuca era de un tamaño poco común.

Luego movió las piernas. Haciendo un esfuerzo, consiguió quedar a gatas. Estuvo así casi un minuto más, hasta que los dibujos de las baldosas dejaron de moverse delante de sus ojos.

Al fin pudo caminar hasta el baño. Mojó una toalla y la aplicó repetidas veces contra el lugar del golpe, hasta que los dolorosos latidos cesaron de atormentarle.

Aunque todavía se sentía débil y mareado, opinó que lo mejor que podía hacer era marcharse de aquel lugar. Calculó que Sperrén y Gelligan debían haber muerto, más o menos, a la hora en que estaba hablando con Hodkins, lo cual constituía para él una buena coartada, pero no le convenía bajo ningún concepto que le encontrasen en compañía de dos cadáveres.

Se encaminó hacia la salida. Antes de alcanzar la puerta, se detuvo como herido por el rayo.

¿Quién le había golpeado?

Frunció el ceño. Volvió sobre sus pasos.

Los cadáveres estaban tal como él los había dejado. El intruso no los había movido.

Una repentina sospecha le hizo mirarse los bolsillos. Apretó los labios.

El trozo de tarjeta de visita había desaparecido.

Ahora ya no le cabía la menor duda de que el asesino había

regresado de nuevo a la escena de sus crímenes, percatado del error que había cometido al arrancar su tarjeta de visita de la mano de su víctima, dejándose en ella una pista que podía conducirlo a la horca.

Trató de imaginarse la escena. El muerto del comedor había sucumbido por sorpresa, sin esperárselo siquiera, como lo demostraba la postura en que lo había hallado. En cuanto al otro, parecía como si hubiese querido huir, sin conseguirlo; la bala mortífera había sido más rápida que él.

Volvió al dormitorio. La ventana, cerrada en aquellos momentos, daba a la escalera de incendios. Evidentemente, el asesinado no había tenido tiempo de alcanzarla.

La cabeza aún le dolía. Decidió que aquella noche no estaba en condiciones de seguir con sus pesquisas. Ni siquiera se le ocurrió preguntar al conserje, primero por no hacerse demasiado visible, y también porque tenía la casi absoluta seguridad de que el asesino habría entrado y salido sin ser visto.

Lanzando un suspiro, rodeó las camas, levantó el bastidor de la ventana y salió a la plataforma de la escalera.

Se agitó en el lecho, murmurando unas frases inconexas. Quería seguir durmiendo.

El timbre sonó una vez más, con furiosa insistencia. Lanzando un gruñido de descontento, Farley Chayn saltó de la cama, metió los pies en unas zapatillas y se puso la bata.

Terminaba de anudarse el cinturón cuando llegaba a la puerta. La abrió, viéndose frente a frente con un conocido.

—Deseo hablar con usted —manifestó Matt Lindsay secamente.

Chayn no tenía motivos para negarse a la entrevista.

—Pase —dijo, haciéndose a un lado—. ¿Le molesta que ponga a calentar el agua del café mientras hablamos?

—De ningún modo. Además, lo que tengo que decirle se limita a cuatro palabras. ¿Dónde está mi prometida? —exclamó Lindsay en tono airado.

Sin hacer caso de la pregunta, Chayn caminó hasta la cocina. Llenó una cafetera, la colocó sobre la plancha del hornillo eléctrico, conectó la corriente, abrió una alacena, sacó un bote, quitó la tapa y vertió sobre el líquido una generosa cantidad de café, todo ello en medio de un ominoso silencio.

—He formulado una pregunta —dijo Lindsay, conteniendo su ira difícilmente.

Chayn se volvió hacia él.

—¿No se lo dijo la señorita Parks? —inquirió.

—¿Estaría aquí si supiese su paradero? —barbotó Lindsay.

—Entonces, no se lo diré yo. —Chayn cruzó los brazos y se apoyó un poco en el borde de la cocina—. Ella no quiere que se sepa el lugar donde va a pasar un mes.

—¿Cuánto? —preguntó el editor súbitamente.

Chayn enarcó las cejas.

—No entiendo, señor Lindsay —contestó.

—Todo hombre tiene su precio. Le pagaré la información...

—Señor Lindsay, usted se equivoca conmigo —atajó fríamente el detective—. La señorita Parks no quiere que se sepa dónde se esconde y mientras ella no me releve de tal prohibición, yo guardaré silencio. ¿Está claro?

Una vena se puso a latir súbitamente en la sien de Lindsay.

—¿Se da cuenta de que está impidiéndome ver a mi prometida, a la mujer que va a ser mi esposa? —chilló el editor, congestionándose.

—Sólo sé que cumplo órdenes de mi cliente. Eso es lo que la señorita Parks es para mí y, se case o no con usted —anteayer pensaba todo lo contrario—, lo demás me importa un pepino.

—Maldito entrometido —masculló Lindsay—. Le ofrezco mil dólares.

Se oyó un fuerte silbido. Chayn desconectó el hornillo.

—Voy a tornar café. Le invito a una taza —dijo.

—Son mil dólares —insistió Lindsay tercamente.

—Por favor, ¿quiere dejarme en paz? He de desayunar; tengo trabajo...

—¡Un momento! —exclamó el editor—. Clarabel dijo que usted iría con ella. ¿Cómo diablos es que no lo ha hecho?

—Tenía trabajo —respondió Chayn secamente.

—Pero ¿no estableció con ella un pacto de protección?

—Hay un amigo mío que cuida de la señorita. Clarabel. Confío en él.

Lindsay frunció el ceño.

—Cualquiera diría que usted piensa que yo trato de perjudicarla

—observó.

—En absoluto. Pero cuando ella no quiso decirle dónde se iba a esconder, sus razones tendría. Y yo he de respetar esas razones.

Se volvió hacia la alacena, sacó el azucarero, cucharillas, dos platitos y dos tazas.

—Un poco de café no se niega a nadie —dijo apaciblemente.

—¡Váyanse al diablo los dos, usted y su maldito café! —aulló Lindsay, lívido de ira. Inició la acción de marcharse, pero, de pronto, sin previo aviso, cargó contra el joven.

Chayn resultó sorprendido. El primer golpe le alcanzó en un hombro, derribándole de espaldas.

—Le voy a patear hasta que me diga dónde está ella —bramó el editor, fuera de sí por la ira que le devoraba.

El pie descendió sobre el rostro de Chayn con suma violencia. Chayn giró sobre sí mismo, esquivando el golpe. Vuelto de espaldas hacia su antagonista, movió la pierna derecha hacia atrás, alcanzando a Lindsay en la pantorrilla de la pierna que tenía apoyada en el suelo.

Lindsay vaciló. Abrió los brazos, manoteó y acabó por caer sentado.

Chayn se puso en pie de un salto. No se molestó en golpear a su adversario. Agarró la cafetera por el asa y levantó la tapa.

—Si no se marcha en el acto de aquí, le echaré todo el líquido a la cara.

El café acababa de ser retirado del fuego. Lindsay cobró miedo y una espantosa palidez cubrió sus facciones.

—Está bien —gruñó—. Usted gana... por ahora.

Se puso en pie y se estiró los faldones de la chaqueta, arreglándose a continuación el nudo de la corbata.

—Volveremos a vernos —prometió hoscamente. Y esta vez, sí se marchó.

—¡Uf! —exclamó Chayn, sonriendo, al oír el fenomenal portazo de despedida de su colérico visitante—. Hubiera sido una verdadera lástima desperdiciar un café tan sabroso.

Pero luego, no mucho más tarde, la preocupación volvió a invadir su ánimo.

¿Por qué tenía Lindsay tanto interés en hallar a Clarabel? Esto, pensó, aún tenía cierta justificación. A fin de cuentas, pese a la

aparente ruptura, seguía amándola y resultaba lógico que él no se aviniese a pasar un mes lejos de la joven, sin conocer su paradero. En cambio, lo que ya no resultaba tan lógico era que Clarabel no hubiera querido decirle dónde pensaba esconderse. ¿Sospechaba de él?

Acaso un exceso de precauciones, calculó. De todas formas, no era un asunto que se presentase fácil.

Al terminar su desayuno, se aseó y vistió. Tomó su propia pistola, sabiendo que iba a hacer una visita que no sería precisamente de pura fórmula. Erkes Davis tenía dos gorilas que estarían seguramente ansiosos de desquitarse de la derrota sufrida el día anterior.

Minutos más tarde, estaba en la calle. Puso en marcha el automóvil y tomó la dirección de la casa donde residía Davis.

Llegó a su destino quince minutos más tarde. Uno después se hallaba ante la puerta del apartamento. Tocó el timbre.

Momentos después, oyó pasos al otro lado.

—Menos mal —murmuró—. Estaba llegando a una situación en que detrás de cada puerta a la que llamaba me encontraba un cadáver... cuando no eran dos.

La puerta se abrió. Ringo apareció bajo el dintel.

El rostro del rufián se contorsionó por la ira.

—¡Usted! —bramó.

—El mismo. Y quiero ver a su jefe, así que anuncie mi visita.

—A quien va a ver usted es a Satanás —dijo Ringo en tono que no admitía lugar a dudas.

CAPÍTULO VIII

Farley Chayn no pestañeó siquiera, ni hizo ademán de sacar la pistola de su funda axilar. Permaneció bajo el dintel inmóvil, contemplando fijamente al gorila.

Ringo tenía ya la mano metida en el interior de su chaqueta, cuando, de pronto, se dio cuenta de que iba a cometer una imprudencia.

Chayn sonrió.

—No puede «apiolarme» en medio del pasillo, ¿verdad?

Ringo emitió una obscena maldición.

—No, en efecto, pero hay mil sitios donde llevarle sin que nadie descubra su «fiambre» en un millón de años.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero ya que piensa matarme, concédame al menos el último deseo del condenado a muerte. Quiero ver a Erkes Davis.

—Suponiendo que él quiera recibirle —rezongó el pandillero.

—A juzgar por los últimos sucesos, yo diría que sí. ¿Entro?

Ringo se echó a un lado. Cerró la puerta y sacó la pistola.

—Cuidado con las jugarretas, fisgón. Tengo el gatillo fácil.

—Eso lo decía también Buffalo Bill cuando combatía con los *sioux*. Bueno, ¿dónde está el patrón?

Atraído por las voces, Tubbles apareció en el vestíbulo. Su rostro se congestionó al ver a Chayn.

—¡Usted! —rugió, avanzando hacia él.

—Quieto —recomendó Ringo—. No le toques por ahora. Desármale y luego dile al jefe que tiene una visita.

Tubbles cacheó diestramente al joven, despojándole de su pistola, hecho que Chayn soportó con decorosa dignidad. Luego, lanzándole una mirada venenosa, el pistolero se metió dentro del apartamento, tan lujoso o más que el de Clarabel Parks.

Un hombre apareció pocos momentos después. Vestía una bata

de seda gris acero y su grueso cuello se envolvía en un pañuelo de seda negra. Era robusto, sanguíneo y tan alto como el joven, aunque mucho más fuerte.

—Usted es Farley Chayn —dijo.

—Nunca lo he negado —respondió el detective tranquilamente.

—Ha tenido dos choques con mis hombres.

—Ellos le obedecen a usted. Yo, a mi cliente.

Davis le miró con mal disimulada admiración.

—Es usted un valiente al venir aquí. Otro, en su lugar, se lo habría pensado dos veces —manifestó.

—¿Se come usted crudas a las personas?

Una chispa de cólera apareció en los ojos del *gangster*.

—Será mejor que nos dejemos de rodeos —dijo—. ¿A qué ha venido?

—Sperren y Gelligan han muerto.

Chayn espía cuidadosamente las reacciones de Davis. Éste no se inmutó.

—Un cigarrillo, Tubbles —pidió.

El pandillero se lo entregó, encendiéndoselo a continuación con gesto lleno de servilismo. Davis expulsó el humo poco a poco.

—Leo los periódicos —dijo al cabo.

—Entonces, se habrá enterado de que Earl Doane ha muerto también.

—Es una noticia interesante para la Prensa de la ciudad.

—Y, ¿qué me dice de Carl Hansvum?

—No le conozco —respondió Davis.

—Me gustaría creerle.

—A mí no me importa que no me crea. ¿Tiene algo más que decirme?

—Sí. Es muy posible que la policía le acuse de esos tres asesinatos.

—Usted ha mencionado dos.

—Hansvum murió a consecuencia de una puñalada en la espalda.

Davis miró a sus compinches, uno por uno.

—¿Habéis sido vosotros? —inquirió.

—A mí que me registren —dijo Ringo.

—Las armas blancas me dan un pánico espantoso —respondió

Tubbles, riendo.

Davis volvió los ojos hacia el detective.

—Ya ve usted; mis chicos no han sido. ¿Satisfecho?

—Oh, sí, claro que sí —dijo Chayn—. Gracias por su colaboración y hasta la vista...

—No tan pronto, Chayn —le interrumpió Davis.

El joven se dio cuenta de que Tubbles le cerraba el paso. Procuró mantener la serenidad.

—¿Qué quiere ahora, Davis?

—Sólo una cosa. ¿Dónde está el chiquillo?

Chayn reflexionó un instante.

—Ahora que su padre ha muerto, usted ya no tiene ningún interés en Jimmy —respondió.

—Deje que sea yo quien juzgue mis actos. Quiero saber dónde está Jimmy.

—¿Y si no se lo digo?

—El apartamento está construido a prueba de ruidos.

—Antes oí los pasos de Ringo cuando vino a abrirme.

—Me refiero a las habitaciones interiores.

Hubo una pausa de silencio.

—Vamos a las habitaciones interiores —desafió Chayn.

Davis hizo un gesto de sorpresa. La actitud del joven le había impresionado.

—Vamos, Chayn —rezongó—, no sea estúpido. Puedo obligarle a hablar y usted lo sabe, maldita sea.

—Es posible —admitió el joven—. Lo que ya no me cabe en la cabeza es cómo habiendo tomado los cuatro parte en el asalto, sólo uno, Doane, consiguiera llevarse el botín antes de la distribución.

—Escapamos cada uno por un sitio distinto. Nos citó en un punto determinado y luego no acudió a la cita.

—En vista de lo cual, usted, despechado, le denunció.

—No tengo por qué negarlo. Y si le hubiese echado el guante, le habría rebanado el pescuezo. Mi mala suerte fue que la policía llegó antes que yo.

—Esa conducta resulta un tanto incongruente —comentó Chayn—. En lugar de haberle denunciado, hubiese podido buscarle y arrancarle el secreto del escondite del dinero.

—Entonces yo tenía siete años menos. Fue un arranque

irreflexivo.

—Que le costó cuatrocientos cincuenta mil dólares.

—Que todavía estoy a tiempo de recuperar.

—Me parece que no lo conseguirá.

—Se equivoca. Lo conseguiré.

—¿Quién se lo dirá?

—Jimmy Doane.

De nuevo se produjo otro espacio de silencio.

—¿Cómo sabe que se lo dirá Jimmy?

—Tengo amigos en

Sing-Sing.

—Dicen que dentro de un penal se saben todas las cosas.

—Así es —reconoció Davis, impávido.

—Pero Doane sólo comunicó su secreto a dos personas: a Jimmy, su hijo, y a Carl Hansvum.

—Carl Hansvum habló conmigo.

—¿Por dinero?

Davis emitió una risita baja, siniestra, que hizo entrar el frío en las venas de Chayn.

—No le toqué siquiera. Le dije lo que estos dos podrían hacer con él y cantó como un canario.

—Lo cual no le impidió dar luego la orden de despenarle.

—Repito que no he sido yo y puedo demostrarlo cuando quiera.

—Coartada falsa.

—Legítima.

Chayn se encogió de hombros.

—Me importa muy poco que sea usted o no el autor de la muerte de Hansvum. ¿Tiene algo más que decirme? Ando un poco apurado de tiempo...

—El tiempo es lo más barato que existe —filosofó el *gangster*—. *No cuesta nada y se puede desperdiciar todo el que se quiera.*

—Los hombres de negocios dicen todo lo contrario.

—Hay negocios en los cuales no importa perder todo el tiempo que se quiera. Yo ya he perdido siete años y puedo perder una hora más. Es el tiempo máximo que calculo tardará usted en hablar.

—Le sobran cincuenta y nueve minutos. El restante es el que emplearé para despedirme.

Los ojillos de David chispearon un momento.

—¡Ringo! —ordenó de pronto.

El pandillero levantó la mano armada, con ánimo de estrellar el cañón de su pistola contra la sien del joven. Chayn captó el movimiento con el rabillo del ojo.

Actuando con relampagueante gesto, giró a su izquierda, levantando a la vez ambas manos y haciendo presa en el antebrazo de Ringo. Luego lo retorció cruelmente.

Ringo lanzó un aullido de dolor cuando el movimiento de giro de su brazo alcanzó a la articulación del hombro. Para evitar que el joven se lo descoyuntara, se dejó caer al suelo hacia aquel lado.

Chayn levantó la rodilla y la estrelló contra los labios del forajido. Un gruñido inhumano brotó de la garganta de Ringo, el que se desplomó de espaldas, pateando de dolor.

Al mismo tiempo, Chayn se dejó caer hacia su derecha, volteando sobre sí mismo. Tubbles dejó escapar un aullido de rabia al fallar su golpe.

Los hombros del joven tocaron el suelo. Tubbles, errado su gesto agresivo, caía hacia delante, sin poder dominarse. Chayn encogió las piernas y luego las distendió con todas sus fuerzas, alcanzando a Tubbles en pleno pecho. El pandillero rebotó con fuerza y quedó en el suelo, con los pulmones vacíos, a causa del fenomenal puntapié doble recibido.

Con las mismas, Chayn estiró la mano y asió la pistola que se le había caído a Ringo. Levantó el arma sin dar tiempo a la reacción de Davis, estupefacto ante la rapidez con que habían sido derrotados sus hombres.

Lentamente, Chayn se puso en pie y retrocedió unos pasos, apuntando a Davis con la pistola. Ringo y Tubbles se agitaban en el suelo, gimiendo sordamente.

—Hemos hablado ya bastante, Erkes Davis —dijo—. No sé dónde está el dinero y, estrictamente hablando, tampoco me importa demasiado. Pero he sido contratado para proteger la vida de Jimmy Doane y mientras no me den orden en contrario, cumpliré el encargo recibido.

Davis se recuperaba poco a poco.

—No irá muy lejos, Chayn —amenazó.

—En estos momentos, me encuentro en situación de viajar hasta el fin del mundo, si lo estimo necesario —rió el joven—. ¿Quién

dice lo contrario?

—La próxima vez no seré tan considerado con usted —aseguró el *gangster*.

—¿Habrás próxima vez? —preguntó Chayn—. Ahora tengo yo la sartén por el mango. Soy un hombre considerado y usted y sus gorilas una escoria de la sociedad. Me costaría un buen lío si les matase, pero acabaría saliendo relativamente bien librado, sobre todo, cuando les acusase de haber dado muerte a Carl Hansvum. Me imagino que no faltará algún testigo que les haya visto hablar o, por lo menos, que haya visto a Hansvum entrar en el edificio. ¿Qué pensará la División de Homicidios?

Davis acusó el golpe.

—A pesar de todo —dijo con voz menos firme—, les costaría mucho probar algo que no es cierto.

—¿Y quién dice que la policía tenga que probar su culpabilidad? ¿Es necesario hallar pruebas que condenen a un cadáver...? no, a tres —se corrigió Chayn al instante.

El rostro de Davis griseo. Chayn se echó a reír.

—Sólo quería dar un susto... pero no me sigan o ese susto se convertirá en algo más efectivo.

Llegó a la puerta y abrió, cerrando acto seguido.

Davis lanzó un grito estentóreo.

—¡Moveos, estúpidos! —rugió, lívido de ira—. ¡Corred tras él y traédmelo en el acto! ¡Yo mismo le arrancaré la piel a tiras una vez le tenga en mis manos!

Atemorizados por la cólera de su jefe, los dos pandilleros se abalanzaron hacia la puerta, abriéndola de golpe. Ringo fue el primero en salir y corrió hacia el ascensor.

De repente, una pierna le salió al paso, echándole la zancadilla. Ringo cayó al suelo cuan largo era.

Tubbles refrenó su paso al ver a Chayn, quien se había guarecido al otro lado de la puerta, esperando algo por el estilo. En el mismo momento, el cañón de la pistola del joven se abatió sobre su frente.

Tubbles lanzó un gemido y se desplomó al suelo, perdido el conocimiento por completo. Ringo intentaba levantarse. La pistola entró en acción por segunda vez.

Sonriendo satisfecho por el éxito de su estratagema, Chayn se asomó al apartamento. Miró a Davis, el cual, a su vez, le

contemplaba con ojos desmesuradamente abiertos.

Chayn le sacó la lengua. Después de un sonoro «¡Brrr...!» de burla, se marchó, sin que Davis hubiese recobrado todavía el ánimo suficiente para reaccionar.

CAPÍTULO IX

Realmente, Grover Mountain era un maravilloso paraje. Una frondosa vegetación de pinos y abetos enmarcaba el pequeño vallecito donde Clarabel Parks tenía su cabaña campestre.

Las montañas circundantes se reflejaban en un pequeño lago de unos dos mil metros de largo por la mitad de ancho, aproximadamente. La cabaña estaba situada al borde del lago y disponía de un pequeño embarcadero, amarrada al cual se veía una piragua de estilo indio. Un rumoroso torrente, que saltaba de roca en roca, estallando continuamente en blancas espumas, pasaba a pocos metros de la cabaña, yendo a desembocar en el lago.

Farley Chayn atravesó con el auto el puente de vigas y sólidos tablones de madera que salvaba el arroyo y describió un cuarto de círculo, para detenerse a unos metros de la cabaña. Tocó la bocina.

Una cara se asomó por la ventana más cercana. Los ojos de Clarabel Parks brillaron de alegría.

—¡Señor Chayn! —gritó.

Se retiró de la ventana y reapareció segundos más tarde en el amplio pórtico de la cabaña. Chayn se apeó del coche y trepó los escalones que conducían a la galería.

Estrechó la mano de la joven con no fingido calor.

—La veo más hermosa que nunca —dijo.

Ella se ruborizó intensamente. Vestía un sencillo trajecito de hilo crudo, de amplio escote, sostenido por dos tiritas del mismo tejido y se calzaba con unas cómodas sandalias de medio tacón. Sus brillantes cabellos rubios caían en ondulante catarata por su espalda. Los elogios del joven tenían un sólido fundamento.

—Me alegro de verle —respondió ella, retirando su mano—. Empezaba ya a desesperar de su llegada.

—Tuve trabajo —manifestó él ambiguamente—. ¿Qué tal la gente por aquí?

—Bien. Oates se ha llevado a Jimmy de paseo. Lo hacen a diario.

—Con tal de que no se alejen mucho —dijo él, torciendo el gesto—. Bien, si usted cree que pueden hacerlo, por mí no hay inconveniente.

—¿Quiere pasar y tomar una taza de café? —invitó Clarabel.

Chayn la estudió unos instantes. Se la veía ansiosa de conocer noticias.

—De acuerdo.

Clarabel le sirvió el café unos minutos más tarde. Comedidamente, se abstuvo de formular ninguna pregunta, esperando que fuese el detective quien iniciase la conversación.

—Tengo muchas cosas que contarle —dijo Chayn por fin, encendiendo un cigarrillo—. ¿Se acuerda usted de Carl Hansvum?

—Sí, por supuesto.

—Ha muerto. Apuñalado por la espalda.

Ella le miró atónita.

—¿Qué me dice? —exclamó.

—Ya lo ha oído. Y los dos compinches de Earl Doane, también.

El color huyó del rostro de Clarabel.

—¡Dios mío! ¡Es horrible! —comentó. Vaciló un instante y luego rogó—: ¿Puede... contarme cómo sucedió todo?

Chayn le hizo un amplio relato de sus investigaciones sin omitir el menor detalle, ya que estimaba no rabia motivos para ello. Incluso le relató la tempestuosa entrevista sostenida con Matt Lindsay.

Al terminar, Clarabel se quedó muy pensativa.

—Así que Matt está empeñado en encontrarme —dijo.

—En su lugar, yo me sentiría igual de enojado por semejante falta de confianza. ¿Qué le indujo a no revelarle el lugar donde pensaba esconderse con Jimmy?

Clarabel se levantó bruscamente. Caminó hasta la ventana y se quedó allí, mirando fijamente el panorama del lago y las montañas circundantes.

—No lo sé a ciencia cierta —repuso ella, sin volverse—. Es cierto que me prometí a Matt Lindsay... pero también no es menos cierto que ya debiéramos habernos casado. Me gusta, le tengo bastante cariño... pero mis sentimientos no son lo suficientemente

fuertes para ligarme a él de por vida. Y no me gustaría tampoco que mi matrimonio desembocase en un fracaso, ¿comprende?

—Desde luego. —Chayn encendió un cigarrillo—. Personalmente, no tengo nada contra él, pese a que se portó conmigo de una forma desconsiderada. No obstante, en lo poco que he podido tratarle, he apreciado que es un sujeto déspota, orgulloso y terriblemente ególatra. Usted es hermosa y para un hombre de empresa como él, una mujer hermosa es un adorno más del negocio —el mejor, posiblemente—, pero un adorno, al fin y al cabo.

Clarabel se volvió.

—Eso es lo que he pensado yo en más de una ocasión, señor Chayn —dijo.

—Bien, es un problema que debe resolverlo por sí misma. Ésos son asuntos para que uno los ventile sin ayuda de nadie. En cambio hay otro aspecto en esta cuestión que no me gusta nada.

—¿Cuál? —preguntó ella, sorprendida.

—Está protegiendo a Jimmy, lo cual es muy lógico, y más ahora que ha muerto su padre. Lo que ya no me parece tan lógico es que trate de ayudar a retener una suma de procedencia ilegal.

Ella se sonrojó vivamente.

—Cumplía los deseos de Earl, señor Chayn.

—Doane ha muerto ahora.

—Sí —convino Clarabel pausadamente—. Pero ¿qué es lo que quiere decir?

—Sencillamente, que vaya a la policía y les comunique lo que sabe acerca del dinero robado.

Clarabel reflexionó unos momentos.

—Me gustaría saber —murmuró—, si lo ha dicho usted en serio.

Chayn respingó.

—¡Diablos! ¡No bromeo, se lo aseguro!

—¿Ah, sí? —Ella emitió una amarga risita—. Vaya a ver al jefe de policía y dígame que el chico conoce la contraseña para hallar el dinero. No llamaré a sus agentes, sino a los enfermeros del manicomio más cercano.

Chayn se quedó muy pensativo. Lo que decía Clarabel era cierto.

—Pero nosotros sabemos que es verdad —alegó.

—Conforme. ¿Y por qué no tratamos de encontrar ese dinero? ¿No dice que la agencia perjudicada paga veinticinco mil dólares de

recompensa?

Chayn parpadeó.

—Sin ánimos de quitarle la parte que pueda corresponderle, no creo que usted sea mujer que necesite ese dinero —declaró.

—¿Lo dice por los beneficios de mi novela? —Clarabel rió extrañamente—. Todavía no he percibido sino una pequeña parte. En cuanto a lo del contrato para la T.V., está aún en estudio. No es nada seguro.

—Dijo que se habían vendido casi seiscientos mil ejemplares.

—Me limité a repetir el informe de Matt Lindsay quien, al par que editor, es mi agente artístico. Ciertamente, no he carecido de dinero y aún tengo algunos millares ahorrados, pero no es tanto como debiera suponerse.

Chayn la miró suspicazmente.

—No me diga que Lindsay la estafa.

Clarabel apretó los labios. No quiso contestar, pero Chayn adivinó que la muchacha, si no estaba cierta de que Lindsay la estaba estafando, sospechaba de él por lo menos.

—Bien, dejemos esto a un lado. ¿Por qué no nos concentramos en analizar la contraseña?

—Usted dice que falta la mitad. ¿Qué conseguiremos con ello si no la conocemos?

Chayn se frotó la mandíbula, sumamente preocupado.

—¿Por qué no le daría Doane al chiquillo la contraseña completa? —preguntó.

—Tal vez porque, recelando algo, quería tener así una especie de seguro sobre su vida, quiero decir, de la de Jimmy.

—Es posible, pero también debía contar con que podía morir y, en tal caso, ¿de qué hubiera servido el grupo de letras y cifras que hizo memorizar a Jimmy?

Clarabel extendió las manos, con gesto lleno de desaliento.

—Me siento incapaz de hacer nada —confesó, abatida—. Pero ahora ellos saben que Jimmy tiene parte de la clave y harán los imposibles por conseguirla. Creo que debemos continuar protegiéndolo hasta haber hallado el dinero.

Chayn reflexionó un momento.

—Me parece muy puesto en razón —accedió al cabo. Luego miró en torno suyo—. Tiene usted una cabaña muy bonita, señorita

Parks.

—Era de nuestros padres, como el terreno. Yo la he remozado casi por completo cuando... cuando entré en relaciones con Lindsay. Hace unos años el lugar estaba completamente abandonado —manifestó Clarabel.

—Le envidio la posesión, señorita Parks —declaró el detective con sinceridad—. Es un sitio ideal para los fines de semana y las vacaciones.

Clarabel sonrió.

—Me alegro que le guste. Más adelante, cuando este asunto tan enojoso haya sido solucionado, véngase a pasar unos días... quiero decir, que puede pedirme la llave y utilizar la cabaña por todo el tiempo que quiera.

—Es usted muy amable —elogió él—. Y no crea que no haré uso de su invitación. Yo...

Dos estampidos muy seguidos, que sonaron a unos trescientos metros de distancia, le interrumpieron súbitamente. Alarmado, echó mano al revólver, pero Clarabel, riendo, le dijo que no era necesario.

—Brann y Jimmy se fueron de paseo con una escopeta. Lo hacen todos los días y a veces cazan algún conejo.

—Está bien —dijo él, frunciendo el ceño—. Me había asustado.

Oates y el chiquillo volvieron minutos más tarde. Jimmy soltó una exclamación de alegría al ver al detective. En la mano traía un magnífico conejo.

—¡Hola, Farley! —gritó—. ¡Mira lo que ha cazado mi buen amigo Brann Oates! ¡Tiene una puntería magnífica; nunca falla un disparo!

Chayn se dio cuenta de que el color pálido y la delgadez del chiquillo empezaban a desaparecer. Le acarició la cabeza.

—Te estaba haciendo falta una buena temporada entre las montañas —dijo. De pronto se acordó que su padre había muerto y miró a Clarabel.

La muchacha entendió el significado de aquella expresión.

—Yo sé lo diré más tarde, señor Chayn —murmuró.

—¿Qué pasa? —preguntó el chiquillo, intrigado.

—Nada de particular —dijo Chayn—. La señorita Parks tiene algo que decirte... pero ya lo hará más tarde.

—Anda a lavarte las manos, Jimmy —ordenó Clarabel.

Oates se fue con el chico. Los dos jóvenes quedaron solos.

—Va a ser un duro golpe para Jimmy —opinó Chayn. Clarabel suspiró.

—Sí. Quería mucho a su padre... aunque, por otro lado, es una suerte que no haya tenido con él el trato que otros chicos tienen con sus padres desde el momento de su nacimiento. Jimmy tenía dos años cuando Earl fue arrestado y... Bien, es un chiquillo y se le pasará pronto.

—Eso es mejor —convino Chayn.

La conversación languideció. Al cabo de irnos momentos, Clarabel se puso en pie.

—Iré a preparar la cena —dijo—. Su habitación es la última de la derecha.

—Gracias —contestó él sumamente pensativo. Sacó la agenda y se abstraigo una vez más en el estudio de las notas que había escrito días atrás, esforzándose por hallar una solución a aquel enigma en el que estaban envueltos tres asesinatos y una suma de dinero cercana al medio millón de dólares.

Varios días más tarde, Farley Chayn continuaba en el mismo estado: sin haber realizado ningún progreso.

Por más que lo había intentado, no había conseguido desentrañar la contraseña que serviría para encontrar los cuatrocientos cincuenta mil dólares robados.

Una noche, de pronto, se despertó súbitamente. Una idea acababa de estallar en su cabeza en medio de su sueño, con la brillantez del fogonazo de un *flash* fotográfico.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, expuso sus propósitos.

—En cuanto termine, me iré a la ciudad —anunció.

CAPÍTULO X

—¿Por qué? —le preguntó Clarabel, muy extrañada.

—Hansvum murió asesinado —dijo él.

—Sí, es cierto —admitió Clarabel.

—Tenía la otra parte de la contraseña.

—Parece lógico suponerlo así, Farley —convino la muchacha.

—Entonces, hay alguien que la tiene en estos momentos.

—¿Quién, Farley?

—Erkes Davis.

—Usted dijo que él sostenía que no había sido el autor de las muertes —alegró Clarabel.

—¿Qué otra cosa podía decir? —respondió el joven—. Sin embargo, aun dando por sentada su inocencia a este respecto, yo tengo la seguridad de que Davis posee ahora la segunda parte... mejor dicho, la parte complementaria de la contraseña.

Clarabel reflexionó unos instantes.

—Y usted, naturalmente, piensa ir y arrebataréla —dijo.

—En efecto.

Hubo un momento de silencio.

—Me imagino que todo cuanto diga en contrario resultará inútil —declaró ella al cabo.

—No se enfade, pero así será —respondió Chayn.

—Muy bien. ¿Le importaría llevar una carta mía a Matt Lindsay? El gesto del joven se endureció.

—Lo haré si usted me lo pide, Clarabel —accedió, disgustado ante la perspectiva de tener que enfrentarse nuevamente con el editor.

—Gracias. La tendré lista en unos minutos, mientras usted alista su coche.

Media hora más tarde, Chayn se disponía a partir. Entonces llegó Clarabel con la carta, que el joven guardó en su bolsillo sin mirarla

siquiera.

—Hoy mismo llegará a manos de su destinatario. ¿Espera respuesta?

Los ojos de Clarabel estaban muy abiertos. Su rostro aparecía tenso, en tanto que su respiración se había alterado ligeramente.

—No —contestó con gran laconismo.

Chayn la miró extrañado.

—¿Escribe a su prometido... y no espera una respuesta?

—Esta carta no la necesita, Farley. El compromiso que teníamos queda roto. Él dio el primer paso, recuérdelo.

Chayn silbó suavemente.

—La que va a organizar cuando la haya leído —comentó. Estrechó con fuerza la mano de la joven—. Bueno, usted sabe bien lo que se hace; yo no quiero comentar su acción, para que no me llame entrometido.

—¿Cómo la calificaría usted? —preguntó ella de pronto.

—Visto el modo de ser de Matt Lindsay, estimo que es una decisión sumamente acertada. Vale más que sufra ahora un poco, que no estar luego padeciendo toda la vida por culpa de un matrimonio desgraciado.

—Eso mismo es lo que he estado pensando yo todos estos días, hasta llegar a la decisión final. —Clarabel se esforzó por sonreír—. Ahora es más fácil soportar el fracaso.

—Desde luego. —Chayn calló un instante—. Bien, he de irme. Cuiden al chico.

—Lo haremos —prometió ella.

Farley Chayn llegó a la ciudad después de las cinco de la tarde. Buscó un teléfono y llamó a la editorial en donde una secretaria le informó que el propietario había salido momentos antes en dirección a su domicilio.

—¿Puede usted decírmelo? —rogó el joven—. Le traigo un mensaje muy importante de parte de su prometida.

La secretaria se lo dijo. Chayn frunció el ceño.

Sacó el sobre y leyó la dirección escrita en el mismo.

—¡Qué idiota he sido! ¡Podía haberme ahorrado la llamada, yendo directamente a su casa! —murmuró, enojado consigo mismo.

Volvió a montar en el coche. Media hora más tarde, se hallaba ante la residencia del editor.

Era una casa algo antigua, con techos de pizarra muy inclinados, compuesta de planta, primer piso y un ático bajo el tejado. La antigüedad del edificio y su estilo ya pasado de moda, quedaban compensados por el magnífico cuidado que se tenía en su conservación, así como del jardín circundante.

Abrió la verja externa y caminó a lo largo del sendero enarenado. Llegó al pequeño pórtico que cubría la puerta principal y oprimió el timbre de llamada.

Arrugó el entrecejo al ver que nadie contestaba.

—La última vez que me sucedió algo parecido, encontré tres muertos —masculló.

En vista de que nadie acudía, empezó a dar la vuelta a la casa, mirando a través de las ventanas del piso bajo. De pronto, al llegar a la fachada posterior, divisó algo a través de una ventana que le hizo helar la sangre en las venas.

Matt Lindsay estaba tendido en el suelo, en medio de una habitación que, evidentemente, era su despacho. La estancia aparecía completamente revuelta y todos los papeles de la mesa se veían dispersos y desordenados por el suelo y las sillas.

El contenido de los cajones había sido esparcido de cualquier forma. El desorden era absoluto.

Después de unos segundos de reflexión, Chayn se decidió a penetrar en el edificio. Con la ayuda de un cortaplumas, pudo mover el bastidor de la ventana, lo justo para poder introducir sus dedos. El resto resultó sumamente fácil.

Se arrodilló junto al cuerpo caído, apoyando una mano en su pecho. El corazón latía normalmente. Respiró aliviado.

—Está sin conocimiento —dictaminó. Un examen algo más detenido le hizo hallar en la nuca del editor un bulto del tamaño de un huevo de paloma, origen indudable de su desvanecimiento.

Puesto que no tenía prisa, empezó a recoger los documentos, examinándolos rápidamente. Arregló los cajones antes de empezar a echar los papeles en su interior.

Súbitamente, encontró algo que le hizo fruncir el ceño, por lo que examinó detenidamente el documento.

Era la carta de un Banco, en la que se participaba al editor que le denegaban el préstamo solicitado unas semanas atrás.

Chayn se sentó en un sillón, releendo la carta con suma

atención.

Al terminar, miró al caído. Algunas de las cosas que hasta entonces le habían parecido oscuras, empezaron a aparecérselle con mayor claridad.

Después de una breve reflexión, se puso en pie y empezó a revisar de nuevo los documentos. Al cabo de un rato encontró un pequeño libro de cuentas, cuyo contenido examinó con la mayor atención.

Estaba terminando, cuando oyó un gemido. Levantó la cabeza.

Lindsay se había sentado en el suelo, oprimiéndose la nuca con una mano. Todavía estaba aturdido, lo suficiente para no percatarse de que tenía un visítame a quien no esperaba.

Chayn dejó el libro debajo de un montón de papeles y se acercó a un aparador, sobre el cual había visto servicio de licores. Llenó una copa y, arrodillándose junto al editor, le dio de beber.

El licor hizo reaccionar a Lindsay. Su mirada se centró. Una expresión de cólera deformó su rostro en el acto.

—¡Usted! —Gruñó—. ¡Maldita sea! ¿Qué diablos hace en mi casa?

Chayn se puso en pie.

—Competiendo con el correo de los Estados Unidos —contestó llanamente. Volvió al aparador y se sirvió otra copa para sí.

—¿Qué significan sus palabras, Chayn?

El joven despachó el contenido de la copa. Sacó la carta y se la entregó al editor, quien todavía continuaba en el suelo.

—Esto —dijo—. Me lo entregó la señorita Parks para usted. No espera contestación.

Lindsay rasgó el sobre y extrajo la carta. Al terminar, la estrujó con la mano y la arrojó a un rincón con gesto lleno de furia.

—¡Usted ha tenido la culpa! —chilló.

—¿Yo? —Chayn se echó a reír—. ¡Vamos, no diga estupideces! Demasiado sabe de quién es la culpa, señor Lindsay. Simplemente, la señorita Parks no puede aguantar a un tipo con un carácter tan insufrible como el suyo. Cualquier mujer dotada de un mínimo de sentido común, haría lo mismo que Clarabel.

Lindsay se puso en pie, vacilando un poco antes de afirmar el equilibrio. Sus ojos brillaban coléricamente.

—La demandaré judicialmente —aseguró con voz llena de rabia

—. Ella no puede hacerme esta jugarreta...

—Tenga cuidado con lo que dice, señor Lindsay —interrumpió el detective—. Y antes de presentar ninguna demanda judicial, será mejor que compruebe bien si está en condiciones de hacerlo.

Lindsay abrió la boca estúpidamente.

—¿Qué dice, imbécil? —barbotó.

—Primero, el Banco le ha denegado un préstamo, lo cual significa que su situación no es todo lo boyante como pudiera parecer. Segundo, ha estado estafando a la señorita Parks a cuenta de los ingresos de su novela, cosa que se puede ver fácilmente en cierto libro privado de cuentas que acabo de examinar. Ignoro si ella conocía tal circunstancia, pero, en tal caso, no me cabe la menor duda de que lo presintió.

El editor se quedó helado.

—Ha examinado mis documentos —dijo.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —respondió el joven llanamente—. Tenía que aprovechar su estado de inconsciencia, ¿no cree?

—Estado que usted provocó atacándome sin previo aviso.

Chayn abrió la boca, enormemente asombrado por las palabras que acababa de escuchar.

¡Lindsay creía que era él quien le había golpeado!

Estuvo reflexionando durante algunos segundos. Decidió mentir.

—Obedezco órdenes de la señorita Parks —manifestó—. Ella me dijo que quería saber, exactamente, cómo iban sus asuntos financieros, de los cuales usted se encargaba. Sospechaba algo turbio, ya que estimaba debía haber percibido más dinero por su novela. Ahora, cuando regrese, le daré mi informe y le aseguro que se alegrará de veras de haber roto su compromiso.

Lindsay estaba anonadado.

—Es posible que ella se conforme con la ruptura amistosa del contrato —dijo—. Pero si intenta algo, pedirá la intervención de un contable judicial y ya puede usted imaginarse fácilmente lo que eso representa, señor Lindsay.

Tranquilamente, sin ser molestado, Chayn abandonó la casa.

CAPÍTULO XI

Los enigmas se aclaraban poco a poco.

Chayn sabía quién había atacado a Lindsay. También se imaginaba los motivos.

Montó nuevamente en su coche y tomó una dirección ya conocida. Poco más tarde, se hallaba en la puerta del apartamento donde residía Erkes Davis.

Tocó el timbre. Segundos después, se abrió la puerta.

Ringo se quedó atónito al ver el cañón de un revólver apoyado directamente en la punta de su nariz.

—Una sola palabra —susurró el joven—, y tus sesos irán a parar al otro lado de la habitación.

Ringo había dejado de respirar. Su frente estaba cubierta de minúsculas gotitas de transpiración.

—Media vuelta —ordenó el joven, en el mismo tono bajo y apenas audible.

Ringo obedeció. Un segundo después, caía al suelo sin conocimiento.

Actuando con silenciosa rapidez, Chayn arrastró el inconsciente cuerpo del forajido hasta meterlo debajo de un diván. Colocó una mesita junto al mismo y encima de la mesita un gran florero.

Sonó una voz impaciente.

—¡Ringo, demonios! ¿Qué haces tanto rato parado? ¿Quién diablos ha llamado?

Chayn se acercó rápidamente a la puerta de comunicación. La voz de Davis se dejó oír de nuevo:

—Tubbles, anda a ver qué le pasa a ese idiota.

—Está bien, jefe.

El detective se echó a un lado, justo en el instante en que Tubbles atravesaba el umbral de la puerta. Dejó que éste diese un paso más y entonces le golpeó en la nuca con la culata del revólver.

El pandillero cayó de bruces con gran estruendo. Inmediatamente, Chayn saltó por encima de él y se situó bajo el dintel de la puerta, apuntando con el arma al único ocupante de la habitación.

—¡Quieto, Davis! —ordenó severamente.

Éste le miraba atónito, como si no pudiese creer lo que sus ojos estaban viendo.

—Soy yo, no soy ningún fantasma —rió Chayn brevemente. Dio dos o tres pasos más, sin que el sujeto tuviese ánimos para replicarle.

La mesa estaba cubierta de papeles. Por el suelo, se veían también bastantes, arrugados o hechos unas bolas, como si Davis hubiera estado haciendo borradores de alguna cosa y los hubiese ido destruyendo a medida que los hacía, porque no le gustaban.

Delante de Davis se veía una gran hoja de papel, con una larga tira de letras, rematadas en dos o tres cifras. Chayn comprendió al instante que era la parte complementaria de la contraseña.

—Apártese de ahí —ordenó.

Davis le miró con rabia. Chayn movió la mano.

—¿Se aparta usted o aparto yo su cadáver?

—Le costará caro —prometió el *gangster*.

—Muy bien —dijo el joven en tono tranquilo—. Soportaré las consecuencias, pero, mientras tanto, usted se tenderá de bruces en el suelo de la habitación, con la cabeza y los hombros metidos debajo de aquel diván y las manos a la espalda. Recuerde que es un apartamento a prueba de ruidos y, por lo tanto, los vecinos no podrán escuchar el disparo.

El rostro de Davis aparecía congestionado. Rabiando por la humillación que se le infligía, acabó por hacer lo que se había ordenado.

Entonces, Chayn se sentó frente a la mesa y leyó la serie de letras y cifras que estaban escritas sobre el papel.

A-A-T-E-A-L-N-R-V-R-O-N-A-N-6-1-P-E.

Se quedó atónito.

—¡Esto no hay quien lo entienda! —mascullo.

—Lo mismo me sucede a mí —declaró Davis con voz cavernosa, debido a la posición en que se hallaba.

—¿Tenía Lindsay la contraseña?

—Sí.

—¿Quién se lo dijo a usted?

—Empecé a indagar. Pensé que siendo el editor de Clarabel Parks, tal vez podría saber algo sobre el asunto.

—En su opinión, ¿quién se la dio a él?

—¡Yo qué sé! Oiga, ¿hasta cuándo me va a tener aquí? — protestó el *gangster*, *indignado*.

—No tenga prisa, hermano. Voy a llamar a la policía.

—¿Para qué? —se alarmó Davis.

—Están muy interesados en hallar al autor de tres muertes — dijo el joven.

—¡Maldito idiota! ¡Yo no fui! ¡Era amigo de Sperren y Gelligan!

—¿Y también de Hansvum?

—Ése era un cochino estafador y un chantajista. Alguna de sus víctimas se hartó de él y le pegó una cuchillada.

—Usted y sus hombres son partidarios de las armas de fuego.

—Prefiero no contestar —dijo el *gangster hoscamente*.

Chayn depositó el teléfono nuevamente sobre la horquilla. Con una mano, dobló el papel y lo guardó en un bolsillo. Se puso en pie.

—Mil gracias por su cooperación, Davis —dijo.

En aquel momento, se rompió el florero.

Chayn se felicitó por la precaución que había tomado. De un salto, se plantó en la otra estancia, justo en el momento en que Ringo trataba de desembarazarse de los restos de la mesita y del florero derribados al tratar de salir de su incómodo y forzado escondite.

El joven le arrojó una silla a las piernas. Ringo tropezó y cayó de nuevo. Cuando quiso levantarse, Chayn había escapado ya.

De allí se dirigió a su domicilio, en el que se encerró con llave. Sacó ropa limpia y se dio un buen baño, después de lo cual encargó a un restaurante cercano que le subieran una abundante cena.

Una vez hubo terminado, sacó su agenda y el papel que le había arrebatado a Davis y se puso a trabajar.

A las dos de la madrugada, la habitación estaba llena de humo. Los ceniceros rebosaban de colillas y la cafetera se había vaciado. Pero la solución, que él había estimado tan fácil, no acababa de acudir a su mente.

Se sabía las dos contraseñas de memoria. Había hecho con ellas

todas las combinaciones posibles. Todo había resultado inútil.

Tenía la mente embotada. Abrió la ventana unos momentos para ventilar la estancia y respirar el aire puro.

Silenciosamente, maldijo la idea de Earl Doane. ¿Por qué diablos había tenido que ocultar el botín tras un grupo de letras y cifras que resultaba absolutamente ininteligible?

Sólo se comprendía pensando que Doane había querido que únicamente fuese Jimmy quién se aprovechara de tan fabulosa fortuna, pero, aun así, ¿por qué no había dado al niño la contraseña completa?

¿Había temido las represalias de sus antiguos compinches?

Ésta parecía una respuesta lógica. No obstante, sabiendo que Jimmy tenía parte de la contraseña, ¿quién podía haber sido el beneficiario de la otra parte?

¿Clarabel?

La joven le parecía fundamentalmente honesta. Sin embargo, por su profesión, Chayn sabía que las apariencias, a veces, son engañosas.

«Supongamos que Clarabel es la otra beneficiaria —se dijo—. Ella desconocía la existencia de una segunda parte de la contraseña. ¿De qué modo se las iba a arreglar Doane para comunicárselo?

»A veces, los presos que salen en libertad llevan cartas de sus compañeros... cartas que no conviene, a los que se quedan, pasen por la censura de la prisión. ¿Envió Doane alguna carta a Clarabel por este procedimiento? Pero aun así, por mucho que se lo estudiase, el comportamiento del padre de Jimmy resultaba absurdo, ilógico, incongruente».

Furioso, porque sus investigaciones continuaban estancadas, cerró la ventana, se desnudó y tendióse en el lecho. Hizo un esfuerzo por dejar de lado sus preocupaciones y poco más tarde, dormía profundamente.

Se despertó relativamente pronto, pero no por propia voluntad, sino porque alguien encendió la luz inesperadamente.

El convencimiento de que había sido sorprendido penetró instantáneamente en su cerebro. Se sentó en el lecho, viendo a dos sujetos que le apuntaban con sendas pistolas.

—Vístase —ordenó uno de ellos lacónicamente.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que quieren? —preguntó

Chayn, procurando dominar el pánico que sentía.

Eran dos desconocidos, no los había visto nunca hasta entonces. Uno de ellos guardó la pistola y se le acercó, mirándole con gesto hostil. Era un sujeto casi tan fornido como Brann Oates y, de pronto, sin previo aviso, le asestó un puñetazo en un lado de la mandíbula, que lo arrojó fuera del lecho.

Chayn cayó sobre la alfombra, sintiendo dentro de su cráneo un zumbido ensordecedor. Antes de que pudiera recuperarse, el rufián se inclinó sobre él y, levantándole a pulso, le obligó a ponerse en pie.

Le sujetó con la mano izquierda. La derecha, se incrustó en su estómago, arrancándole un gruñido de dolor.

Chayn se curvó hacia adelante, con la sensación de que en cualquier momento devolvería la cena que había tomado horas antes. El forajido le agitó con terrible violencia, empleando las dos manos, y remató su labor con un inicuo rodillazo en el bajo vientre que le dejó tendido en el suelo, convertido en un ovillo y sin fuerzas apenas para respirar.

—Si después de esto, insiste en hacer más preguntas, dígallo —habló el rufián—. ¿Cuánto tardará en vestirse?

Chayn dejó que cedieran un poco las oleadas de dolor que le envolvían de pies a cabeza. Agitó una mano.

—Me rindo —jadeó penosamente.

El pandillero le arrojó sus ropas.

—Entonces, vístase, pronto.

El otro no había despegado los labios. Sabiéndose completamente indefenso, Chayn empezó a vestirse.

Antes de que hubiese terminado de anudarse el cuello de la corbata, los dos sujetos cayeron sobre él y, agarrándole por ambos brazos, le condujeron en vilo hacia la puerta.

—Escucha —dijo el más fuerte—. Vamos a salir de casa. No grites, no despegues siquiera los labios o será lo último que hagas en tu cochina vida. ¿Has entendido?

Chayn asintió, con un leve movimiento de cabeza. No podía hacer otra cosa.

Momentos después, estaban en la calle. Frente a la entrada de la casa había un automóvil negro de gran tamaño. Un sujeto, cuyos ojos estaban cubiertos por grandes gafas oscuras, se hallaba tras el

volante.

—Adentro —le ordenaron.

Chayn agachó la cabeza para franquear la puerta. En el mismo momento algo explotó sobre su nuca con terrorífica violencia.

El momentáneo dolor del golpe desapareció cuando su mente se sumergió en la consoladora anestesia de una noche totalmente oscura.

CAPÍTULO XII

Vagamente notó que rodaba por unos escalones, algunos de cuyos bordes se le incrustaron en la carne. Al fin, quedó tendido sobre un suelo de frío cemento, en una habitación pobremente iluminada, a juzgar por lo que podía captar de ella en su dolorida semiinconsciencia.

—Despiértelo —dijo una voz de timbre conocido.

Un chorro de agua fría cayó sobre su cara poco después. Se agitó, notando que recobraba la percepción de las cosas.

Sin embargo, permaneció tendido en el suelo, esperando recobrarse. No tenía intenciones de levantarse antes de hallarse en mejores condiciones.

—Parece que no reacciona —dijo uno de los sujetos.

—Échenle más agua.

Otro cubo de líquido fue vertido sobre su rostro. Chayn se agitó un poco y al fin abrió los ojos.

—Ya se recupera, jefe.

—Muy bien. Eso es todo, muchachos. Se han ganado bien su soldada.

Turbiamente, Chayn vio al hombre de las gafas oscuras sacar un puñado de billetes y entregárselo a uno de los pandilleros.

—Ahí tienen —dijo—. Olviden lo que ha pasado.

—Ya no nos acordamos de nada, ¿verdad, tú?

Chayn oyó un par de carcajadas. Luego, los dos rufianes se alejaron.

Se sentó en el suelo, limpiándose la cara con una mano. Sus ojos se fijaron en la silueta del hombre que tenía frente a sí.

—Puede quitarse las gafas, Lindsay —dijo.

El editor lo hizo con la mano izquierda. La derecha estaba ocupada por una pistola.

—Chayn —dijo—, ahora mismo me va a decir dónde está el

dinero. Si no lo hace, le mataré. Está en un sótano de mi casa y se podría disparar una pieza de artillería sin que se oyese desde la calle. ¿Ha comprendido?

El joven miró serenamente a su interlocutor.

—Y cuando se lo haya dicho, me matará igualmente, así que, por el momento prefiero permanecer en silencio. Puede tirar de gatillo cuando guste; no conseguirá nada, Lindsay.

La mano del editor tembló un instante.

—Vamos —le desafió Chayn—, ¿a qué espera? Ya ha cometido tres muertes, así que una más no importa, ¿verdad?

—¿Cómo sabe que fui yo? —bramó Lindsay.

—Se dejó un trozo de su tarjeta de visita en manos de Sperren. O de Gelligan, tanto da. Usted vive en Elgin Avenue. El trozo que quedó decía así: «... lgin Avenue». Teniendo en cuenta que hay otra avenida que se llama Chillgin, podía haberme confundido, pero cuando Clarabel me dio la carta para usted, empecé a sospechar algo. Su conducta posterior ha confirmado mi hipótesis. ¿Por qué los mató?

Lindsay temblaba de rabia.

—Hansvum estaba tratando de sacarme dinero por la contraseña que había arrancado a Doane —confesó—. Sperren y Gelligan sabían que Hansvum era muy amigo de Doane. Me citaron en su casa para, según ellos, facilitarme la contraseña en cuestión. Acudí y... bien, me enteré que querían hacer todo lo contrario. Entonces no tuve otro remedio que suprimirles. La noticia de la muerte de Hansvum acababa de hacerse pública y ellos recelaban de mí.

—Arrancó la tarjeta de visita de la mano de uno de los muertos, pero luego se dio cuenta de que se había dejado un trocito que podía enviarle a la horca y regresó, justo a tiempo para sorprenderme y desmayarme de un golpe.

—Así fue —convino Lindsay con gran cinismo.

—Me imagino que mató a Hansvum porque éste le dijo que no quería tratar con usted con respecto al asunto del dinero robado. ¿O fue porque estaba disconforme con el porcentaje que le iba a corresponder? ¿Acaso no quería entregarle la contraseña que arrancó a Doane con sus persuasivos métodos de estafador profesional?

—Digamos que hubo de todo un poco, Chayn.

Por un breve momento, reinó el silencio en el sótano.

—Así que usted quería el dinero para rehacer su negocio en quiebra, negocio que ni siquiera podía salir a flote con el dinero de Clarabel Parks y del que usted se había apoderado, en su mayor parte, aprovechándose de la confianza que ella había depositado en usted.

Lindsay apretó los labios.

—De todas formas, tendré el dinero —dijo.

—¿Cómo?

—Usted me atacó para quitarme la contraseña. Yo sé la quitaré ahora... ¡a su cadáver!

Chayn se dijo que Lindsay seguía creyendo que era él quien le había atacado el día anterior y no los hombres de Davis. Éste debía haber investigado, enterándose de que el editor era prometido de Clarabel y que, por tanto, podía estar en situación de conocer la contraseña. Sus deducciones habían resultado acertadas.

—¿Y qué hará después? —inquirió Chayn, curioso.

—Iré en busca de Clarabel y...

—¿Dónde está ella?

Lindsay se quedó cortado.

—¡Usted me lo dirá! —rugió, con el rostro descompuesto por la ira—. ¡Hable, Chayn!

El joven se puso en pie, notando que sus fuerzas volvían ya. Meneó la cabeza.

—Tire cuando guste —dijo sosegadamente—. No hablaré. La contraseña de nada le servirá si no sabe dónde está Clarabel.

Lindsay reflexionó unos instantes.

—Tiene que volver a la ciudad. Un día u otro regresará; no puede permanecer eternamente escondida.

—Antes de que usted le vea, habrá pasado por la Jefatura de Policía y denunciado los tres asesinatos y mi desaparición.

—¡Ella no sabe que yo...!

—Se lo dije antes de separarnos —cortó el detective—. Y si no me ve regresar antes de mañana, volverá a la ciudad.

—La esperaré frente a la Jefatura...

—Ella telefoneará desde las afueras de la ciudad, pidiendo protección. Lindsay, mírelo por dónde lo mire, está atrapado y no podrá escapar.

Hubo una pausa de silencio.

Chayn miró al editor. Dióse cuenta de que éste había llegado al convencimiento de su propio y estrepitoso fracaso.

En todo: amor, negocios... y en los crímenes cometidos como desesperada tabla de salvación y que habían sido provocados en vano.

«Una fiera acorralada es doblemente peligrosa», se dijo. Era preciso evitar el cuarto asesinato: el suyo.

—¡Oh, Dios mío! —se quejó súbitamente—. ¡Cómo me duele la cabeza!

No exageraba mucho, por otra parte. Se llevó la mano a la nuca y vaciló un momento. Luego, dejó que las piernas se le doblasen y se venció hacia adelante.

Lindsay soltó una maldición.

—¡Eh! ¿Qué diablos...?

Al caer, Chayn se salió fuera de la línea de tiro de la pistola. Alargó los brazos y apoyó ambas manos con fuerza en los muslos de Lindsay derribándole de espaldas.

Sonó un disparo. La bala arrancó lascas de yeso del techo.

Lindsay maldijo obscenamente cuando la pistola se le escapó de los dedos. Se revolvió ágilmente, tratando de recobrarla. Chayn le asestó un puntapié en la muñeca, arrancándole un alarido de dolor, junto con las ganas de recobrar la pistola.

Inmediatamente, agarró al editor por las solapas del traje y lo levantó a pulso. Antes de que tuviese tiempo de recuperarse, la emprendió a puñetazos con él, cerrando la serie con un devastador gancho a la mandíbula que puso al asesino fuera de combate.

Respiró profundamente. Aún no podía creer en su buena suerte.

Recogió el arma, que guardó en su bolsillo. Luego miró a Lindsay.

El golpe había sido duro. Tardaría bastante en recobrar el conocimiento.

Abandonó el sótano, trepando por la escalera a saltos. Llegó a la salida y cerró la puerta con llave, arrojando ésta al suelo a dos pasos de la entrada, con objeto de que, si Lindsay despertaba antes de tiempo, no pudiese hacerla funcionar desde dentro y libertarse.

Cuando la policía llegase, encontrarían la llave inmediatamente.

Buscó el teléfono en el despacho de Lindsay. Al mirar a través de

la ventana, se dio cuenta de que ya empezaba el nuevo día.

Levantó el auricular y marcó el número de la Jefatura.

—Si quieren capturar al asesino de Carl Hansvum, Mark Sperren y Lou Gelligan, acudan al número novecientos veintisiete de Elgin Avenue. Está encerrado en el sótano.

Y colgó, antes de que pudieran formularle ninguna pregunta.

Acto seguido corrió hacia la salida. Maldijo la inoportunidad de su breve secuestro; el coche se le había quedado en el garaje de la casa donde vivía y en cuanto al que le había transportado hasta allí, debía pertenecer a los dos rufianes que Lindsay había alquilado para la operación.

Le dolía el cuerpo a consecuencia de la paliza recibida. Estaba cansado y falto de sueño, pero no podía entretenerse en descansar. Puesto que tenía la segunda parte de la contraseña en su poder y había cumplido con su deber de ciudadano, denunciando a un asesino, se dijo que ya no tenía nada que hacer por el momento, salvo esforzarse por hallar el dinero robado.

Entonces lo entregaría y percibiría la recompensa de veinticinco, mil dólares.

Tendría que repartirla con Clarabel y Brann Oates, pues no sería justo que se quedase con todo el dinero.

De pronto, una sonrisa apareció en sus labios. Lindsay ya no era enemigo y no sólo porque se tratase de un asesino.

Clarabel había roto con él antes de saber que era un infiel administrador y un criminal. Fundadamente, podía albergar esperanzas de conquistar el corazón de la joven... una vez que en éste hubiesen cicatrizado las heridas que recibiría al enterarse de la verdad.

Pero el proceso había empezado ya cuando ella misma, convencida de que no era el hombre que debía acompañarla a lo largo del curso de su existencia, lo había despedido.

«Con un poco de suerte, yo podré colaborar eficazmente en la curación de sus heridos sentimientos», pensó resumiendo sus reflexiones.

Mientras tanto, caminaba a buen paso hacia el centro de la ciudad, procurando mantenerse apartado de la ruta que estimaba seguiría el coche de la policía.

Poco después, oyó el inconfundible alarido de una sirena.

Sonrió, imaginándose la cara que pondría Matt Lindsay cuando los agentes irrumpieran en el sótano.

Un taxi pasó cerca de él. Levantó la mano. El automóvil se detuvo.

Momentos después, se sentaba en el asiento posterior, exhalando un suspiro de satisfacción.

CAPÍTULO XIII

Clarabel lanzó un agudo grito de alegría cuando vio que el coche atravesaba el puentecillo de tablones. Descendió de la veranda y corrió al encuentro del detective.

—¡Farley! —exclamó, tendiéndole las manos con efusiva complacencia.

—Hola —dijo él laciamente—. Estoy cansado, Clarabel.

—¿Qué le sucede? ¿Ha pasado algo grave? —inquirió ella, alarmada.

—Bastante. Tengo muchas noticias que comunicarle... pero será mejor que entremos en la casa. ¿Dónde está Jimmy?

—Con Oates. Cazando, como de costumbre —respondió Clarabel.

Chayn se apeó del coche, notándose aún envarado y dolorido. Caminó dificultosamente hacia la casa, acompañado por Clarabel, cuya alarma aumentaba a cada segundo que transcurría.

—¿Le dijo ya que su padre había muerto?

—Sí —contestó ella.

—¿Qué tal se portó?

—Bastante bien. Es un chico muy valiente.

—Me alegro. Eso le servirá de mucho cuando sea mayor. ¿Hay café en la casa?

—Sí. Le traeré una taza ahora mismo.

—Añádale unas gotas de coñac, por favor.

El café y el licor le reanimaron un tanto, a pesar de lo cual, su cansancio no acababa de desaparecer. Clarabel se sentó frente a él, aguardando con expectación no disimulada.

—Lindsay ha resultado ser un administrador infiel y un asesino —le espetó sin más preámbulos.

Clarabel gimió.

—¡Dios mío! ¿Cómo ha podido?

Chayn le relató detalladamente todo lo ocurrido, desde el momento en que llegó a la ciudad. Ella escuchó con suma atención, sin interrumpirle en ningún instante.

Al terminar, hubo un momento de silencio. Luego, ella le miró fijamente.

—El dinero me importa menos que el comportamiento de Matt —confesó—. Un hombre puede tener su carácter, pero jamás supuse que Matt me robase ni mucho menos que, por codicia, cometiese esas tres muertes. El hecho de que fueran tres individuos nada recomendables, no desvirtúa en nada mi apreciación sobre su manera de proceder.

—Usted es joven y reaccionará pronto —dijo él sentenciosamente—. A su edad las penas de amor se esfuman pronto, máxime si se tiene en cuenta que usted misma había dado por cancelado el compromiso.

—A pesar de todo, siempre duele un poco perder la fe en una persona, sea quien sea —murmuró ella con triste acento.

—Dentro de poco lo habrá olvidado todo. Y ahora, mientras yo duermo, que buena falta me hace, le entregaré las dos contraseñas, a ver si consigue algo para...

El rumor de un automóvil le interrumpió bruscamente.

De un salto se plantó en la ventana, a través de la cual miró a la vez que sacaba la pistola.

Un destartelado automóvil cruzaba el puentecillo en aquellos instantes. Era un antediluviano «Ford T», tras cuyo volante se sentaba un sujeto de pelo canoso y bigotes caídos.

El coche se detuvo frente a la casa.

—¿Quién es? —preguntó Chayn.

—No lo sé, francamente —respondió Clarabel.

—Será mejor que salgamos a recibirle. No se ponga delante de mí en ningún momento —aconsejó él.

Clarabel movió la cabeza afirmativamente. A continuación, los dos jóvenes, salieron al soportal.

El hombre del «Ford» subía ya las escaleras.

—¿Es usted la señorita Clarabel Parks? —preguntó con voz cascada.

—Sí —contestó ella.

—Me llamo Hustholl y soy el cartero de Grover Plain —se

presentó—. Hace ya tiempo que tengo una carta para usted, señorita Parks. Está dirigida a la cabaña de Grover Mountain con el indicativo de que en ningún caso debe devolverse, sino esperar a que usted viniera para entregársela. Aquí está.

Hustholl le entregó la carta. Clarabel la tomó con gesto desconcertado, al mismo tiempo que miraba al joven, como pidiéndole consejo.

Hustholl continuó:

—De cuando en cuando, subía por la cabaña para ver si estaba usted aquí. Francamente, ya desesperaba de encontrarla algún día, señorita Parks.

—No he podido venir antes, señor Hustholl —se excusó la muchacha—. Le agradezco mucho su atención y... ¿quiere pasar y tomar una copa con nosotros?

—Muchas gracias, señorita —sonrió el viejo cartero—, pero tengo algo de prisa. De aquí al pueblo hay doce millas largas y aún me queda labor por hacer.

—Bueno —intervino Chayn—, al menos, cuando haya terminado su trabajo, tómese esa copa a la salud de la señorita. —Y le entregó dos billetes de a cinco dólares.

Hustholl tocó con el índice el ala de su viejo sombrero.

—Así lo haré —prometió. Instantes después, se oía el motor del viejo artefacto, que no tardó en perderse de vista por el serpenteante camino que conducía a los llanos entre un espeso bosque de coníferas.

Chayn y Clarabel penetraron en la casa. La muchacha no había abierto aún el sobre.

—¿De quién es la carta? —preguntó él, aun a riesgo de cometer una indiscreción.

—No indica el remitente —contestó ella—, pero pronto lo sabremos.

Rasgó el sobre y extrajo del mismo un par de cuartillas dobladas, que desplegó y empezó a leer acto seguido.

—¡Es de Earl Doane! —exclamó momentos después.

—A ver —dijo Chayn, tomando la carta.

Frunció el ceño. ¿Cómo había llegado la misiva hasta la estafeta de Correos de Grover Plain?

No tardó mucho en tener la explicación consiguiente. La carta

decía así:

«Querida Clarabel:

»Esta carta la echará al correo un buen amigo mío, ya que la censura del penal no permitiría pasar lo que tengo que decirte. Se refiere a tu porvenir y al de Jimmy.

»En la cuartilla adjunta va la mitad de una contraseña para que encontréis el dinero que tú sabes. La otra mitad se la haré aprender a Jimmy de memoria cuando venga a verme. Pensarás que estoy loco, pero únicamente trato de prevenirme... de preveniros, mejor dicho, contra posibles traiciones por parte de mis antiguos compañeros de fechorías. Hubiese repartido con ellos, en la forma acordada, el dinero del botín, pero tramaban asesinarme, apenas tuviesen ocasión para ello y repartirse mi participación. Como les di esquinazo, me denunciaron —no sé cuál de ellos, aunque tampoco importa—, y vine a parar a Sing-Sing.

»La contraseña es mucho más sencilla de lo que parece, aunque en principio puedas creer lo contrario. Incluso por separado, podríais encontrar el dinero, trabajando un poco sobre la misma. De este modo, mis antiguos compinches quedarán burlados y bien se lo merecen, dada la indignante faena que querían cometer conmigo. Podría esperar a salir de la cárcel... pero no hace muchos días, el médico me hizo un examen completo.

»Estoy condenado, Clarabel. Moriré dentro de poco, de un mal incurable que avanza con gran rapidez. Por eso quiero ponerlos a salvo a los dos. Supongo que irás algún día a la cabaña de Grover Mountain; con esta esperanza dirijo la carta a aquella estafeta de Correos. Tarde o temprano, el cartero acabará por entregártela.

»Eso es todo, salvo que cuides de Jimmy como yo no he sabido hacerlo.

»Adiós, Clarabel».

Al terminar la lectura, Chayn miró la fecha de la carta. Era bastante anterior a la libertad de Carl Hansvum, lo cual significaba que había sido echada al correo por otro expreso y antes de que Hansvum, con sus inigualables dotes de persuasión, consiguiese arrancar a Doane el secreto de la otra mitad de la contraseña.

Chayn se preguntó qué habría dicho Hansvum al moribundo, para convencerle, pero ya no tenía importancia; los dos habían desaparecido.

La cuartilla adjunta contenía una serie de letras y dos cifras, idénticas a las que él había arrebatado a Davis. Clarabel le miraba con gesto expectante.

Chayn le entregó las dos cuartillas.

—Ahora es inútil hacer nada —dijo—. Yo estoy cansado y necesito doce horas seguidas de sueño. Trate de hallar la solución mientras descanso. Tal vez —añadió—, me levante a la medianoche; en ese caso, deje las dos contraseñas sobre la mesa, si para entonces no ha hallado la solución.

—De acuerdo —sonrió ella—. También le dejaré café y comida preparados.

—Gracias. ¿Se le va pasando?

—¿Qué se me tiene que pasar? —preguntó ella.

Chayn se echó a reír.

—Sí, no cabe la menor duda. Se le pasa... el disgusto recibido por el comportamiento de Lindsay.

Clarabel se sonrojó vivamente. Lo cual llenó al joven de satisfacción, pues le hizo ver que ella ya no se sentía dolorida por haber roto el compromiso con el editor.

CAPÍTULO XIV

Cuando se levantó, eran las tres y media de la madrugada.

Comió un poco de carne fría, algo de fruta en conserva, unas galletas y terminó con dos tazas de café. Encendió un pitillo y se acercó a la mesa, donde divisó dos cuartillas, cada una con la mitad de la contraseña y en una de ellas, al pie, una breve nota de Clarabel:

«A las doce y media de la noche, resultado nulo.
¡Buena suerte!
»C».

Sonrió ante la gráfica expresividad del mensaje. Tomó una silla y se sentó frente a la mesa.

En el lado izquierdo de la misma había más cuartillas y un lápiz. Estuvo unos minutos releando las dos contraseñas. Más que nada, reflexionaba, tratando de hallar la solución del que, pese a las aseveraciones del difunto Doane, consideraba un enigma poco menos que indescifrable.

Cuando terminó el pitillo, tomó otra cuartilla y el lápiz y escribió nuevamente las dos series de letras y cifras. Obtuvo el siguiente resultado:

L-P-S-A-S-H-L-A-E-G-O-E-M-U-T-I-1-E-2-0-5-I-S.
A-A-T-E-A-L-N-R-V-R-O-N-A-N-6-I-P-E.

—¡Y decía que era fácil! —masculló, encendiendo un nuevo cigarrillo.

No había ninguna palabra inteligible en los grupos de letras. Todo lo más que consiguió fue ver la cifra 205 en el primer grupo.

—Pero el cero puede significar también una O —dijo. Diez minutos más tarde, escribió los grupos al revés.

—¡Peor todavía! —clamó.

Escribió las letras en vertical. El resultado siguió siendo nulo.

Rehízo la labor en vertical y a la inversa. El enigma continuaba sin revelarse.

—Y son veinticinco mil dólares, qué diablos.

El tiempo pasaba. El cenicero íbase llenando de colillas.

A las cinco y media, se levantó, tomó aspirinas y puso la cafetera al fuego.

Las dos tazas de café que tomó a continuación, unidas a la aspirina, parecieron conferirle una mayor claridad de espíritu. No obstante, sus esfuerzos continuaban siendo vanos.

Las sombras de la noche retrocedieron. Surgió la rosada luz del alba y el sol asomó por encima de las montañas.

A las siete de la mañana, oyó pasos en el corredor. Clarabel, envuelta en una bata, los largos cabellos sujetos por una brillante cinta de seda azul, compareció en la sala.

—¡Buenos días, Farley! —saludó—. ¿Qué tal?

—Descansado, pero fracasado —respondió él.

—¿Nada todavía?

—Nada. —Chayn encendió el enésimo cigarrillo—. Abriré la ventana; esto apesta a humo.

—Iré preparando el desayuno mientras tanto, Farley —se ofreció ella—. ¿No se le ocurre ninguna hipótesis para hallar la clave que pueda permitirnos descifrar la contraseña?

Chayn se puso en pie y se apoyó en el borde de la mesa.

—Lo he intentado todo. He escrito los grupos de letras decenas de veces, de todas las formas y en todos los sentidos. No encuentro ni una palabra congruente, ni una sola que permita hallar un mínimo de coherencia en las letras. Estoy desconcertado, créame.

—Earl decía que incluso con un grupo sería relativamente fácil descifrar la contraseña —apuntó Clarabel, mientras trasteaba en la cocina.

—Eso lo dijo porque él sabía dónde estaba el dinero, en primer lugar y, en segundo, porque conocía el sentido de cada serie de letras —arguyó Chayn—. Pero nosotros lo desconocemos en absoluto. Y ése es el motivo de que nos estrellamos continuamente contra un muro en el que no conseguimos abrir ninguna brecha.

Ella asintió pensativamente. Desayunaron. A mitas, se les unió

Oates.

—El chico duerme —informó el gigante.

—Gracias —dijo Clarabel.

—Les veo muy preocupados. ¿Todavía no han averiguado nada?

—Aún no, Brann —contestó el joven. Tomó la carta de Doane y la releyó una vez más, aunque se la sabía de memoria—. ¡Oigan! —exclamó súbitamente—. Creo que aquí hay algo que se nos ha pasado por alto.

Clarabel le miró con repentino interés.

—¿Qué es, Farley? —inquirió:

—Escuche este párrafo: «Supongo que irás algún día a la cabaña de Grover Mountain...»

—Sí, en eso tenía razón —convino la muchacha—. ¿Qué más, Farley?

—Pues que si usted tenía que venir aquí un día u otro, el dinero está escondido en las inmediaciones de la cabaña. De haberlo guardado en otro sitio, ¿por qué dirigirle la carta aquí, precisamente?

Hubo una pausa de silencio. Clarabel apenas respiraba.

—Es cierto. Dios mío, pero ¿dónde?

Chayn se levantó vivamente y se acercó a la ventana, mirando hacia el exterior. Luego regresó junto a la mesa.

—Puede estar bajo el suelo de tablas de la cabaña, aunque me parece una solución demasiado fácil. A mi entender, debe hallarse escondido en algún lugar no demasiado alejado de la casa.

—Podía haber entregado la contraseña de una vez y no en dos mitades —refunfuñó Oates de pronto.

Repentinamente, Chayn sintió que algo estallaba en el interior de su cerebro.

—¡Dos mitades! —exclamó—. ¡Claro! ¡Qué tontos hemos sido! Cuando una cosa se parte en dos mitades, esas dos fracciones son complementarias la una de la otra, ¿no es cierto?

—Desde luego —concordó la muchacha.

—Entonces, vamos a ver si las hacemos encajar —dijo Chayn excitadamente. Se sentó a la mesa, apartó su plato vacío y empezó a escribir de nuevo, obteniendo el siguiente resultado:

L-P-S-A-S-H-L-A-E-G-O-E-M-U-T-I-1-E-2-0-5-I-S A-A-
T-E-A-A-L-N-R-V-R-O-N-A-N-6-L-I-E

—Una las letras ahora por parejas —aconsejó Clarabel.

—De acuerdo. —Chayn volvió a escribir.

L-A-P-A-S-T-A-E-S-A-H-A-L-L-A-N-E-R-G-V-O-R-E-O-
M-N-U-A-T-N-I-6-1-L-E-1-2-E-0-5-I-S.

—¡Bueno! —resopló Chayn—. Ya hemos obtenido cuatro palabras inteligibles. «La, pasta, ésa y halla». Pero ¿qué demonios quiere decir el resto, si no hay quien lo entienda?

Clarabel le miró desconcertada. La idea le había parecido magnífica en un principio, pero ahora, visto el resultado, ya no la encontraba tan buena.

—Y sin embargo —dijo en voz alta—, creo que ahí está la solución.

Chayn se frotó la mandíbula con fuerza.

—La solución... Dos mitades se complementan —murmuró—. Complementar... encajar... —Repitió la última palabra—. Encajar...

Miró de nuevo las dos hileras de signos.

—Encajar —insistió—. Los dedos de una mano encajan en los huecos que hay entre los dedos de la otra... Me parece que usted dio con la solución, Clarabel, aunque no la facilitó por completo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Dijo «Una las letras por parejas» y hemos obtenido algo. Pero hemos unido la primera con la primera, la segunda con la segunda y así... ¡Pero lo que hay que hacer es colocar las letras del segundo grupo en los huecos que hay entre las letras del primero!

—¡Qué! —dijo ella sin aliento.

Chayn volvió a escribir.

—Colocaré las letras por series, pero no exactamente debajo, sino de modo que la primera del segundo grupo quede debajo del *primer hueco* que hay entre las letras números uno y dos del primer grupo. Así...

L-P-S-A-S-H-L-A-E-N-G-E-M-U-T-I-1-E-2-0-5-I-S A-A-
T-E-A-L-N-R-V-R-0-N-A-N-6-1-P-E.

—Vamos a ver ahora —dijo al terminar. Y leyó en voz alta—: «La pasta esa hallanr...». ¡Maldición, esto no tiene sentido! —rugió.

—Es porque no se lo sabes hallar —dijo Oates plácidamente.

—¿Qué demonios sabes tú? —Gruñó el joven, de mal talante.

—Toda frase —dijo el gigante, sin inmutarse—, se compone de diferentes palabras, entre las cuales, naturalmente, hay una separación, un espacio que diferencia las unas de las otras. Déjame el papel, por favor.

Oates volvió a escribir la primera serie de letras.

—Tenemos un principio de frase: «La pasta...», pero vosotros seguís escribiendo alternativamente, es decir, colocando cada una de las inferiores en el hueco de las superiores. ¿No se os ha ocurrido pensar que puede haber una letra que no haya de ser colocada en un hueco? Veamos las dos letras siguientes a «la pasta». Invirtámoslas. ¿Qué obtendremos? “Se”. Ya tenemos «la pasta se...»

—¡«La pasta se halla»! —gritó Clarabel vivamente.

—Exactamente —dijo Oates—. Veamos ahora las siguientes letras. Arriba una E y abajo una N.

—«La pasta se halla en...» —habló Chayn.

—Tomemos un pequeño grupo de letras de la serie superior —siguió el gigante. Escribió:

G-O-E-M-U-T-I

—Y debajo pongamos parte de las letras de la segunda serie. Una especie de fuga de vocales.

Volvió a escribir:

R-V-R-O-N-A-N

El resultado fue:

G-O-E M-U-T-I

R-V-R-O-N-A-N

—¡Grover Mountain! —bramó Chayn, terriblemente excitado. Clarabel fue más comedida.

—«La pasta se halla en Grover Mountain...» —murmuró.

—¿Qué quiere decir el resto, Brann? —preguntó Chayn—. Vas a ser nuestra salvación, te lo aseguro.

Oates escribió de nuevo, alternando los signos siguientes:

1-6-E-2-1-O-5-P-I-E-S

—Dieciséis Este, veintiuno Oeste, cinco pies —leyó Chayn, adivinando fácilmente el resto.

Clarabel completó la frase.

—«La pasta se halla en Grover Mountain... a dieciséis pies al Este, veintiuno al Oeste... cinco pies...»

—De profundidad, enterrada bajo el suelo —aseguró Chayn.

—Pero ¿por qué contar primero dieciséis al Este para luego tener que volver veintiuno en dirección opuesta? —preguntó ella.

Hubo una pausa de silencio. De nuevo volvían las complicaciones.

Chayn meditó sobre la frase. De pronto chasqueó los dedos.

—¡Ya está!

—¿Sí? —dijo ella, anhelante.

—Hay dos escondites. El dinero está repartido en dos saquitos, cada uno de los cuales se encuentra en los puntos indicados.

—Sí, pero ¿a partir de dónde hay que contar los pies? —preguntó la muchacha.

—A partir de la cabaña, naturalmente —contestó Oates.

Hubo una pausa de silencio.

—Tendremos que empezar a excavar... —murmuró Chayn, pero no pudo seguir adelante.

Una voz de tonos suaves e insidiosos, dijo de pronto:

—¿Les molestaría mucho levantar las manos por encima de sus cabezas?

CAPÍTULO XV

Chayn, Clarabel y Oates volvieron a una sus cabezas, enormemente sorprendidos por la intimidación de que acababan de ser objeto.

Empuñando una pistola de pavoroso aspecto, Erkes Davis penetró en la cabaña, seguido de sus dos compinches, quienes, asimismo ostentaban sendas pistolas. La resistencia era inútil.

—Pónganse en pie y retírense hacia la pared de enfrente —ordenó el *gangster*.

Clarabel miró al joven, grandemente atemorizada. Chayn le hizo una seña de que no se preocupase, que todo iría bien.

—Vamos —gruñó Davis—; no me gusta esperar.

Obedecieron. Chayn estiró la mano y contuvo al gigante, de cuyos labios se escapaban sordos gruñidos de ira, semejantes a los de un gran perro de presa.

—Quieto, Brann —recomendó—. No hagas nada; empeorarías la situación.

—Sensato consejo —alabó Davis, riendo—. Cuidad de éstos un momento, chicos.

Guardó la pistola, mientras Ringo y Tubbles les mantenían a raya. Se acercó a la mesa y ojeó los papeles que había esparcidos sobre la misma.

Al cabo de unos momentos, halló la solución correcta.

—La pasta se halla en Grover Mountain dieciséis Este veintiuno Oeste cinco pies —deletreó lentamente—. ¿Es ésta la solución? —preguntó, mirando al detective.

Chayn se dijo que era inútil fingir.

—Más o menos —contestó tranquilamente.

—El dinero estaba en dos bolsas de lona —añadió Davis, lo cual confirma las suposiciones de Chayn—. Deben estar escondidas en dos puntos distintos, que ya se señalan aquí —indicó el papel—, y a

cinco pies de profundidad. ¿No es eso?

—Opino que sí —suspiró el joven—. Por favor, ¿cómo han averiguado el escondite?

Davis sonrió malignamente.

—Tuve suerte, ésta es la verdad. Me encontré con un antiguo conocido, el cual me contó, hablando de Doane, que había sacado una carta de contrabando del penal. Afortunadamente, se acordaba de la dirección y... ¿Satisfecho, físgón?

—Para nosotros ha representado una suerte pésima —contestó el detective—. ¿Qué hará a continuación?

Davis se acarició la mandíbula.

—Me gustaría que callasen. Si tuviese la seguridad de que iban a guardar silencio, les dejaría en paz. Pero me parece que no podrá ser.

La entonación de la voz del gangster era normal, pero en el fondo latía una amenaza que resultaba imposible ignorar. Chayn se estremeció, comprendiendo las intenciones de Davis.

—Tres asesinatos son una opción a la silla eléctrica —dijo.

—El lago es muy hondo. Hay piedras para atar al cuello —respondió Davis siniestramente.

Clarabel tembló. Chayn tomó su mano, procurando infundirle tranquilidad.

Repentinamente, se oyó una voz chillona que gritaba:

—¿Dónde está mi desayuno? ¡Tengo hambre! ¡Al que no me dé de comer, le pegaré dos tiros!

Jimmy irrumpió de repente en la estancia, empuñando su inseparable pistola de agua.

—¡Diablo! ¿Qué hacen aquí estos tres monos? —preguntó cortantemente.

—¡Eh! —protestó Ringo—. El chico lleva en la mano una pistola.

—¡Quítasela, Tubbles! —bramó Davis.

Jimmy levantó la mano.

—¡A mí no me desarma ningún imbécil! —gritó. Y cuando Tubbles se acercaba a él, le disparó al rostro un chorro de líquido.

Tubbles lanzó un terrible grito y, soltando su pistola, se llevó las manos a los ojos. Un penetrante olor a loción de afeitar se expandió en el acto por la estancia.

Tubbles bramaba a causa del escozor que el alcohol producía en

sus ojos, alcanzados directamente por la descarga. Davis vociferaba y rugía como un poseído, incitando a Ringo para que quitase al chicuelo su pistola de agua.

Ringo vaciló. Por un instante, desvió sus ojos de los prisioneros.

Ello le resultó fatal. El puño de Oates se proyectó hacia adelante con terrorífica violencia.

La potencia del golpe fue tal, que Ringo resultó literalmente catapultado a través de la estancia. Cruzó el umbral, alcanzó la barandilla del porche, que cedió bajo su impacto con un fenomenal estallido de maderas iotas y acabó cayendo a la explanada, en donde quedó completamente inmóvil.

Chayn no desaprovechó la ocasión que se le ofrecía. Saltó sobre Davis y empezó a golpearle, antes de que el *gangster tuviese tiempo de desenfundar nuevamente su pistola. Al tercer golpe, Davis suspiró y se derrumbó al suelo, completamente inerte.*

Cuando terminó, vio que Tubbles yacía también sobre las tablas del pavimento. Oates lo había fulminado con un seco golpe en la nuca.

—Clarabel, trae sábanas, pronto —gritó el joven—. Hay que atarlos antes de que despierten.

La muchacha reaccionó con presteza. Diez minutos más tarde, los forajidos estaban reducidos a la impotencia. Ni siquiera podían protestar; las mordazas que cubrían sus bocas les impedían emitir el menor sonido.

Chayn se limpió con un pañuelo el abundante sudor que le corría por la frente.

—Jimmy, por esta vez se te puede perdonar tu mal comportamiento —dijo—. Nos has salvado de un grave apuro y los tres lo recordaremos mientras vivamos.

—Cuando sea mayor, diré que una vez derroté a tres peligrosos pandilleros con una pistola de agua —se ufano el chiquillo.

—Sí, pero ¿por qué diablos la cargaste con mi loción de afeitar? —quiso saber Oates, gruñendo con gesto descontento.

—Quería perfumar el ambiente —contestó el chiquillo con todo desparpajo.

Chayn y Clarabel se miraron. El primero hizo un gesto de resignación, como diciendo: «Es imposible sacar partido de él».

La joven se inclinó sobre el chiquillo y le besó afectuosamente.

—Mientras yo viva, tú estarás a mi lado.

—Sólo hasta que me haga mayor y me aliste en los *marines* —prometió Jimmy, muy serio—. A cierta edad, no resulta muy decoroso que un hombre sano y fuerte, como lo seré yo, viva a costa de una mujer.

—¡Menudo filósofo! —comentó Chayn—. Bueno, ¿qué tal si empezamos a excavar?

—Iré a por las palas —se ofreció Oates.

Momentos después, seguros de que los bandidos no podían evadirse, salían de la cabaña. Chayn contó los dieciséis pasos hacia el Este y marcó un punto situado a pocos pasos del lago.

—Por esta razón —dijo—, la medida al Este es más corta que la opuesta.

Empezaron a cavar con avidez. Una hora más tarde, desenterraban una caja de sólidas tablas que, desclavadas, permitieron ver en su interior un saco fuerte de lona, sumamente pesado y cuyo contenido podía adivinarse con toda facilidad.

—La mitad de la fortuna robada —dijo el joven—. Ahora, vamos a por lo que falta.

Lo encontraron sesenta minutos más tarde. Chayn suspiró satisfecho.

—Son veinticinco mil dólares de recompensa —dijo—. Jimmy nos ha salvado de un grave contratiempo, así que opino se le debe conceder una parte igual a la de los demás, es decir, seis mil doscientos cincuenta dólares, que podrían constituir un fondo para sus estudios cuando se haga mayor. ¿Te parece bien, Clarabel?

La muchacha asintió sonriendo.

—Es una magnífica idea, Farley. Ahora, más que nunca, me felicito de haberte buscado para proteger al chiquillo.

Oates empezó a toser bruscamente.

—Aquí me parece que estorba uno —dijo—. Os haré un buen regalo el día que os caséis.

—¡Eh! —protestó Clarabel—. ¿Quién ha hablado de boda?

El gigantón les guiñó un ojo.

—Eso es algo que se ve venir por sus pasos contados —dijo riendo.

Chayn miró a la joven.

—Bueno, quizá convenga empezar a reflexionar sobre lo que

acaba de decir ese tipo. A ti, ¿qué te parece?

Ella hizo un leve mohín.

—Aún no se me ha ocurrido pensar en la posibilidad de un marido —contestó. Pero sus ojos parecían desmentir las palabras que acababa de pronunciar y, al observar su expresión, Chayn sintió que una alegre esperanza nacía en su corazón.

—Hablaremos más detenidamente, cuando hayamos entregado a esos tipos a la policía de Grover Plain, junto con el dinero. —La tomó por el brazo, caminando hacia la cabaña, detrás de Oates y del chiquillo, que parloteaba excitadamente por lo que consideraba la más fantástica de sus aventuras.

—Sí, tienes razón —sonrió ella—. Es mejor dejar pasar un poco de tiempo antes de...

Chayn la contemplaba mientras estaba hablando. Se extrañó de la súbita interrupción de sus frases.

Los ojos de Clarabel estaban fijos en un punto situado frente a ellos. Chayn volvió la cabeza y al instante se quedó helado de espanto.

Matt Lindsay acababa de surgir por la esquina opuesta de la cabaña y les apuntaba con una pistola.

—¡Dejen caer los sacos al suelo, pronto! —ordenó con voz estridente.

—¡Maldición! —gritó Jimmy—. ¡Dejé mi pistola en la cabaña!

—¿Qué dice ese crío? —barbotó Lindsay—. Usted —se dirigió al gigante—, sujételo bien o le pego un tiro aquí mismo, en el acto.

Oates atrajo al chico hacia sí.

—Quieto, Jimmy —recomendó—. Éste es mucho peor que los otros.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Lindsay movió la pistola.

—Apártense a un lado, pronto —ordenó.

Obedecieron los cuatro. Lindsay sonrió torvamente.

—Fui un tonto —dijo—. Debí haber adivinado antes que te escondías aquí, Clarabel.

Ella recobró el habla.

—¿Cómo lo has sabido? —inquirió.

—Se me ocurrió que, al hablar de un refugio en las montañas, podría tratarse de una cabaña. La Oficina de Impuestos me facilitó gratuitamente el dato. Sencillo, ¿no?

—Demasiado —gruñó el detective.

Lindsay se echó a reír. Era una risa baja, siniestra, odiosa, que ponía frío en las venas.

—Lo que no entiendo es cómo está aquí —dijo Chayn—. ¿Acaso se soltó antes de que llegara la policía?

—Nada de eso. Me soltaron por falta de pruebas. Sencillamente, no pudieron demostrar las acusaciones.

Chayn maldijo entre dientes los resquicios legales que permitían escapar a un hombre que había cometido tres muertes.

—Hace ya tiempo que les estoy observando —siguió Lindsay—. Pero no quería cansarme; he preferido que fueran ustedes los que hicieran el trabajo.

—Y ahora se llevará el dinero.

—Sí —admitió Lindsay—. Sin dejar rastros detrás de mí —añadió con acentos de lúgubres significados.

CAPÍTULO XVI

—¡Qué! —gritó Clarabel—. ¿Piensas matarnos?

—Exactamente —rió el asesino—. No puedo permitirme el lujo de dejar testigos detrás de mí, sobre todo, teniendo dentro de la cabaña quien pagará vuestras muertes.

Chayn comprendió las intenciones de Lindsay. Después de matarles, huiría. Davis y sus compinches serían considerados como culpables. Dados sus antecedentes, no tendrían defensa.

Tensó todos sus músculos, disponiéndose para saltar. De cualquier forma, no pensaba permitir que el criminal les matase como corderos.

—Nunca creí que pudieras portarte conmigo de esa forma —se lamentó Clarabel.

—¡No hables de comportamiento! —gritó Lindsay con voz crispada—. Tú me dejaste plantado por este maldito detective...

—No es cierto —alegó ella con vehemencia—. Eres tan orgulloso, tan engreído, que no quieres reconocer la verdad de tu carácter. Pero aunque fuese así... me has engañado, dilapidaste un dinero que era legítimamente mío...

—¡Basta! ¡No se hable más! ¡Este asunto se ha terminado ya!

—¡Aguarda! —exclamó la muchacha—. Quiero hacerte una proposición.

Lindsay la miró con el ceño fruncido.

—Habla, pero pronto; no quiero perder más tiempo. ¿De qué se trata?

—Iré contigo a dónde tú quieras —manifestó Clarabel—. Pero has de prometerme respetar estas tres vidas. Seré tu esposa, tu... —Cerró los ojos un instante—, lo que tú quieras, pero déjales vivir. Ésa es mi proposición, Matt —terminó, haciendo una fuerte inspiración.

Chayn calló. Espiaba los menores movimientos del asesino,

dispuesto a saltar sobre él apenas viese la menor oportunidad.

—Vamos, ¿qué me contestas? —le apremió ella.

—Así podrá escapar al castigo que se merece por los tres asesinatos que cometió —dijo Chayn.

—¡Deje en paz a aquellos idiotas! —barbotó Lindsay—. Si los maté fue porque... ¡Diablos! ¿Qué importa eso ahora? Clarabel, ¿hablas en serio?

—Jamás he dicho una cosa tan cierta —aseguró ella, terriblemente pálida.

—Está bien...

Una voz imperativa sonó de pronto.

—¡Lindsay, tire la pistola en el acto!

El asesino lanzó un rugido de rabia. Enormemente sorprendidos, Chayn y los demás vieron aparecer a dos hombres armados por la esquina de la cabaña.

A uno de ellos lo conocía de sobras; era el sargento Roberts. El otro vestía sombrero de ala ancha, camisa caqui y pantalones oscuros. En la pechera de la camisa llevaba una estrella de seis puntas.

Lindsay se volvió rápidamente. Al divisar a los dos policías, se consideró perdido.

Un pensamiento estalló en su mente en el acto: ¡Debía huir!

Levantó la mano en lugar de obedecer. Robert y su acompañante se le anticiparon, disparando simultáneamente.

Lindsay lanzó un agudo grito. Elevó ambos brazos, soltando la pistola, que no había tenido tiempo de utilizar, y se derrumbó en el suelo. Agitóse un momento y luego se quedó quieto.

—Brann —ordenó el joven—, llévate a Jimmy de aquí.

Roberts avanzó hacia la pareja.

—Hola —saludó.

El hombre de la estrella se arrodilló junto al caído.

—Ha muerto —informó lacónicamente.

—Parece ser que he llegado a tiempo, ¿no? —sonrió Roberts.

Chayn suspiró profundamente.

—Todo lo que te diga es poco —respondió—. ¿Habéis seguido a Lindsay?

—Sí —contestó el policía—. Le dejamos en libertad, pero no porque le creyéramos inocente, sino porque sospechábamos de él.

Las últimas palabras que pronunció resultaron ser la prueba que esperábamos.

Miró el cuerpo tendido en el suelo y meneó la cabeza.

—La codicia y el orgullo juntos hacen una mala mezcla —dijo sentenciosamente—. Ah, permítanme que les presente a mi acompañante: Raf Dewie, alguacil de Grover Plain.

—Hola —saludó Dewie moviendo apenas la cabeza.

—Tuve que recurrir a él, dado que yo carezco de autoridad en su demarcación —explicó Roberts.

—Y yo me alegro de haberle ayudado —dijo Dewie—. Era un mal bicho.

—Bueno —exclamó el joven—, a su debido tiempo te daremos las gracias, muchacho. Ahora... bien, aquí tienes el dinero robado y ahí dentro a tres sujetos, uno de los cuales intervino en el robo.

—¡Cómo! ¡Erkes Davis está aquí! —se extrañó Roberts.

—Sí. —Rápidamente, Chayn le explicó lo que había sucedido. El policía se sintió muy satisfecho.

—No se puede decir que no hayamos tenido el día completo, ¿eh? ¿Vamos hacia adentro, Dewie?

—Con mucho gusto —contestó el aludido.

Los dos jóvenes quedaron solos. Chayn agarró el brazo de Clarabel y se la llevó fuera de la vista del cuerpo de Lindsay.

—Bueno —dijo—, todo ha terminado. ¿Qué opinas acerca de la fusión de nuestras partes respectivas de la recompensa?

—¡Vaya! —Se enojó ella—. ¿Ésa es la forma en que tú pides en matrimonio a las muchachas?

—Es que no tengo ninguna experiencia sobre el particular —respondió él, sonriendo—. Como es la primera vez...

—Otros también lo hacen por primera vez y usan unos procedimientos muy distintos —contestó ella.

Chayn se acarició la mandíbula unos instantes, con gesto reflexivo. De pronto, alargó los brazos y encerró en ellos el esbelto talle de la muchacha.

—¿Te parece bien así? Ahora, me inclinaré sobre ti, te daré un beso y luego preguntaré: ¿Quieres casarte conmigo?

Ella no respondió. Sonreía y sus ojos brillaban de una manera singular, distinta a todas sus expresiones anteriores.

—Parece ser que la respuesta va a ser afirmativa —comentó

Chayn, inclinándose sobre ella.

En aquel momento sonó la estridente voz del chiquillo.

—¡No! ¡Déjame! ¡Déjame, te digo! ¡Hasta ahora, sólo he visto finales felices en las películas y en la televisión! ¡Quiero ver uno en la realidad...!

Sonó un rugido. Oates apareció de pronto, saltando sobre un pie, mientras se agarraba la rodilla derecha con ambas manos.

Jimmy asomó su cara picara por el umbral de la puerta.

—¡Vamos! ¿A qué esperan? ¡Hagan lo que hacen los protagonistas de las películas cuando se acaban!

Chayn se echó a reír. Miró a la joven.

—Tendremos que obedecerle —dijo. Y luego, se sintió consternado—. Y también soportarle, Clarabel.

—Sólo hasta que se aliste en los *marines* —dijo ella maliciosamente.

—¿Por qué no será mañana? —suspiró el detective—. Bueno, con testigos o sin testigos, yo voy a besarte.

—Adelante —invité ella, pasándole los brazos por encima del cuello.

FIN



COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de que es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

A vintage advertisement for Osborne Veteran Brandy. The background is a deep blue with a bright, glowing sun or star in the upper left corner. Two women are featured: one in a red dress stands in the background looking over her shoulder, while another in a white floral dress lies in the foreground looking up. A bottle of Osborne Veteran Brandy stands to the right. The bottle label includes the text: "GRANDY VET.", "VETERANO", "OSBORNE", "CASA FUNDADA EN 1773", and "PUERTO DE SANTA MARÍA".

GUSTA ESO

OIGA...

eso tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

